

EL MUNDO.

TOMO I.

MEXICO, ENERO 9 DE 1898.

NUMERO 2.



La entrada al baile.--Dibujo de Villasana.

LA SEMANA

Ha habido en estos días un éxito: el Almanaque! Sobre la brillante superficie de un cromó sugestivo, el paquete de hojas guarda sus impenetrables secretos. Se os antoja que son cartas que el porvenir se encargará de leer. ¿Qué dirán? Acaso traigan buenas nuevas, tal vez aporten horas felices, quizás contengan en sus rápidas líneas algunos átomos de ese polvo de oro, que cae como lluvia de sueños en los espíritus.

El Almanaque ha destronado al añejo Calendario serio y grave, un señor cargado de años, mal impreso en papel corriente. *El Más Antiguo Galván* ha pasado á mejor vida.—El Almanaque moderno es un refinado, un hijo de la cultura fin de siglo, lleno de delicadezas y de artificios; es el demonio civilizado de que habla Madame Staël, un demonio de frac y corbata blanca, que debe haber asistido al elegante baile de Reyes que dió el jueves último el Casino Alemán.

En la leyenda del poeta de Weimar, un cofrecillo de joyas basta para preparar el alma de Gretchen á la seducción. En 1898 el cofrecillo puede substituirse por un almanaque.—En las vitrinas de la librería, en los escaparates de la tienda de modas, sobre el mostrador de la cantina, revueltos y amortónados se confunden estos galantes cartones.

Y los hay para todos los gustos: los que despiertan olvidadas impresiones de viejas leyendas románticas; los que reproducen sensaciones dormidas de un medioevalismo mal apagado; los que fotografían escenas de una sociedad quintaesenciada; rembrantescos al estilo de Van Dick, con colorido de Murillo y encarnadura del Tiziano, con brochazos de Goya, sutilezas de Teniers y alambicamientos prerrafaelitas. La abigarrada procesión comienza. Y ante vuestros deslumbrados ojos veis pasar en pintoresco desfile de colores, una gallarda comitiva que os trae á los umbrales de la memoria la divina cohorte de Angélica en la obra de Zolá, una gran fiesta de personajes de todos los tiempos y de todos los países, arrancados de las páginas de vuestros poetas favoritos, de esos amigos desconocidos como los ha llamado Heredia.

No recuerdo quién ha dicho que la humanidad está enferma de ensueño. Ama dejarse arrebatar por la quimera y viajar por espacios ignorados; gusta arrojar en la copa de sus banquetes la perla de los festines de Cleopatra. El vino es bueno, ha cantado Haroum-al-Raschid, porque en el fondo está el placer! Si el espíritu del hombre se conformara con tomar las cosas de la vida tales como son ellas, sin pasarlas por el tamiz de la fantasía, el cansancio llamaría muy pronto á nuestras puertas.

Por eso nos complacemos todos, quiénes más, quiénes menos, en añadir á la realidad vivida una dosis de poesía soñada. Nos place embellecer los hechos más triviales. Un año nuevo no despertaría ninguna sensación nueva, si no nos complaciéramos en dotarlo de todas las cualidades que el deseo ha puesto en nuestra conciencia, tal como en esos cuentos de hadas, las hijas de la floresta se agrupan en torno del recién nacido para adornarlo con los dones que á merced conceden. Será bueno! será hermoso! será rico! será feliz!... Hasta que, como en la fábula de no recuerdo qué cuentista sud-americano, llega la última hada, la rezagada, la que acudió tarde á la cita, y tendiendo el brazo sobre el infante, le otorga la postrera gracia: la muerte.

Pero ¡chist! mis amigos, dejad vuestras lúgubres filosofías: la sinfonía del año comienza; apenas habéis arrancando del Almanaque-cromó los primeros pétalos, y hay allí muchas floraciones en promesa. Todavía podemos derrochar algunas hojillas del repleto in-folio.

Aún flotan en el espacio los últimos ecos del baile señorial con qué se celebró la entrada del año en el palacio de D. Ignacio de la Torre.

La crónica ha ampliamente reproducido la impresión de la fiesta. La ingeniosa *Sharezada* no sorprendió acaso nunca en el inagotable arsenal de su fantasía, una tan brillante velada. De ella publica *El Mundo* una fiel descripción, salpicada de fotografías.

La casa del Sr. de la Torre es una de—¿me atreveré á decir de las pocas? y bien! ya está escrito,—que adunan á la riqueza de una posición desahogada, el buen gusto de un *amateur*. No es

difícil arrojar una gruesa puñada de monedas para proporcionarse un albergue cómodo; es difícil preparar un *home* de arte. A ocasiones un bohemio con cuatro libros, una *chaise-longue*, una *agua-fuerte* y media docena de macetas, improvisa un rinconcito lleno de encanto.

Atractivos edificios no faltan en nuestra excelente capital, construcciones estimables, con alguno que otro detalle arquitectónico digno de encomio, al lado de palomares detestables y fachadas *rococós*. Pero carecemos de interiores.

Tal morada que en la apariencia se nos antoja guardadora de inapreciables obras de mérito, no encierra, á semejanza de muchas pirámides egipcias, sino simples mezquindades. Se ha hecho el lujo á fuerza de dinero, pero la delicadeza, el refinamiento, jamás han pasado esos umbrales.

Pero la casa del Sr. de la Torre no se cuenta en este número. Basta fijarse en los detalles de ornamentación y decorado que aparecen en las fotografías de la elegante morada, para olfatear el aticismo.

Por eso la fiesta resultó más espléndida: porque á las brillanzas de la fortuna se hermanan las exquisiteces del arte. Y he aquí como esta noche fué día, según la frase de un Padre de la Iglesia.

El asalto á los ciclistas en Puebla ha causado honda sensación por lo inesperado y anormal del trágico suceso. Nos hallamos muy lejos ya, por fortuna, de los viejos tiempos en que se realizaban plagios en las puertas de las ciudades, con asombro de los pacíficos habitantes.

Ha sido un trabajo firme y persistente éste de limpiar las cercanías de los lugares poblados y aun los mismos campos, del añejo bandolerismo.

Hízose legendario semejante estado de cosas durante larga época, hasta que la sociedad, consolidándose, encontró para su amparo un gobierno provisto de bastante fortaleza para cambiar la faz de la Nación.

En la actualidad un asalto como el de Puebla, produce un doloroso sacudimiento acompañado de una explicable indignación.

Por un error de criterio no faltaron espíritus que pretendieran hacer solidaria á la policía de las lenidades que surgieron en el crimen. Imaginan algunos que estos misteriosos sucesos han de dejar en pos de sí una huella tan perceptible, que sea fácil penetrar en el fondo del drama siguiendo el rastro trazado por las manos de los delinquentes mismos.

Precisamente acaba de llegar á esta capital una interesante obra que de policía y de crímenes trata: las "Memorias" de M. Gorón, Inspector General de aquel cuerpo de París. Nárranse en ella extrañas historias, en las que no siempre á la policía corresponde el papel más airoso. M. Gorón, que, como buen francés, ama la paradoja de sobre mesa y gusta de la frase, llega á decir que no existe la policía.

Tranquileémonos: en París como en México, la policía existe, como una institución apreciable y á la cual debemos nuestra seguridad. Ese dios ciego, al que Gorón atribuye la mayor parte del éxito en el descubrimiento del criminal—el azar—no figura ya en el altar de los cultos modernos. Nosotros hemos aprendido á eliminar el azar de todos los problemas de orden sociológico. Lo que para la vieja escuela fatalista era un resultado de la *casualidad*, para nosotros es un producto necesario de la *causalidad*. Con solo variar el orden de una letra hemos variado el criterio.

No fué la casualidad la que puso en las manos del burgués cubano el periódico que publicó el retrato de Eyraud, á quien la policía francesa perseguía sin éxito. Se necesitó un concurso de hechos *necesarios*, dados los medios que la civilización contemporánea tiene á su disposición. Me direis que sin periódico que publicara el retrato del criminal, ni burgués que lo comprase ni retentiva suficiente para identificar el grabado con la fisonomía del desconocido transeunte que pasó á su lado, no habría habido aprehensión; pero precisamente todas estas circunstancias son los antecedentes de una consecuencia inevitable.

La policía de Puebla ha dado con los hilos de esta grosera trama, y el crimen ha surgido con los toscos perfiles que caracterizaban á nuestro viejo bandolerismo. Allí están los vetustos héroes de un grupo social nocivo y repugnante: el criminal vulgar, con sus instintos de baja rapiña y su acometividad desenfundada y turbulenta. Y estos sombríos personajes son un anacronismo viviente,

en medio de una situación en que la vida y los intereses han encontrado una sólida garantía.

Todavía pueden abandonarse á brillantes lucubraciones los pertinaces paladines del sentimentalismo del derecho personal, que cada vez que aisladamente por fortuna, se produzca uno de estos casos, siempre se impondrá indeclinable y forzosa la única solución recomendada por la cirugía social.

El invierno ha hecho su fría aparición en la buena ciudad de México.

El aire baja desde las cimas de nuestros volcanes, acre y punzante. Lleva en sus alas impalpables átomos de las nieves hiporbóreas; van en esa *onda fría*—como la ha llamado un escritor—soplos de las regiones en donde se ha hundido, acaso para no volver más, la osada barquilla de André.

El rezagado de última hora, cuando la plateada luna de Enero tiende sus lienzos blancos sobre el esqueleto de la población dormida, piensa en la casa lejana, mientras allá, á lo lejos, se escucha el grito penetrante que caracteriza á la estación del año! *¡Castañasáada!*

OBERÓN.

EL ARTE Y LA MORAL.

Nunca se ha discutido con tanto ahínco como en la actualidad el grave problema de si el arte y especialmente la literatura, deben sujetarse á los principios rígidos é inflexibles de la moral; de si el libro, la estatueta, el cuadro tienen atingencia y conexiones con las reglas de la conducta; de si, porque hasta allá llegan las causas, existe lo bello dentro de lo reprobado, de lo vituperable, de lo inmoral, en fin, ó si solo se cosechan las flores de la estética en el jardinillo reducido, tirado á cordel, podado y escardado de lo virtuoso, de lo correcto, de lo irreprochable.

Trátase de saber, en suma, si el arte debe ser libre, si puede y debe elegir sus asuntos indiferentemente en el vergel ó en el estercolero; si debe buscar temas lo mismo en la virtud que en el vicio; si debe engalanar con sus esplendores ya lo exelso y lo noble, ya lo asqueroso y lo mezquino. Lamartine se encara con Zolá, Fray Luis de León con Rabelais, Beato Angélico con Lafan Moló, y se discute y polemiza sin término y sin el menor asomo de llegar á un resultado, y mientras La Harpe preconiza la pulcritud y la decencia, Victor Hugo imprime audazmente la palabra de Cambonne.

La batalla campal se está librando actualmente con motivo de las audacias de Zolá y de su escuela, si es que Zolá ha hecho escuela, y con ocasión de los extravíos del decadentismo moderno. Teresa la filósofa se mide cuerpo á cuerpo con Graziella y trata de disputarle el campo, y los campeones de uno y de otro ideal se ciñen, se enlazan, luchan y tratan de hacerse pisar el polvo.

Los partidarios del arte libertino razonan poco más ó menos así: El arte tiene por fin exclusivo encontrar y expresar la belleza; no tiene cargo de almas, no tiene misión alguna moralizadora ni civilizadora; puede, tanto como le plazca, huir de lo bueno como de lo verdadero: quien quiera oír preconizar la virtud y flagelar el vicio que acuda al sermón ó lea el catecismo. El libro de arte, el teatro, la pinacoteca ostentan bellezas, no virtudes. Medea mata á sus hijos por vengarse de Jasón; Hamlet dice á su propia madre los más asquerosos improperios; nada más inmoral, nada más criminal ni nada más grande ni más bello. La Leda de Miguel Angel es incomparablemente hermosa y profundamente obscena.

Hay pues arte, y belleza fuera é independientemente de la virtud, como hay verdad contraria al bien. A la ciencia, que busca lo verdadero sea como fuere, no se le exige pulcritud ni se la obliga á prescindir de las verdades inmorales, ni se la anatematiza porque analiza vicios y describe crímenes; todo el mundo concibe que la ciencia busca pura y simplemente las leyes reales, que rigen el mundo exterior y nuestra naturaleza física, intelectual y moral; todos le reconocen el derecho de escudriñar el fondo de nuestras miserias, de nuestros vicios, de explicar sus causas y su mecanismo. Nadie vitupera al anatómico que registre nuestras entrañas y las pinte y describa, al psicólogo que penetre en las tinieblas de nuestro ser moral y remueva sus inmundicias; y al arte, que tiene también un fin exclusivo y extraño á la propaganda de la virtud y á la regeneración moral del hombre, al arte se le vedan lo criminal como lo obsceno; se le obliga á engañar para regenerar, á mentir para moralizar y á fingir para aleccionar!

Tan absurdo como sería vedar á la ciencia el estudio de nuestras funciones animales, so pretexto de buen gusto, es vedar al arte la pintura de lo inmoral y de lo criminoso, so pretexto de moral y de buenas costumbres. A cada manifestación del intelecto humano hay que dejar el cumplimiento de su misión: á la ciencia, lo verdadero; á la moral, lo bueno y al arte, lo bello. ¿Que Edipo conduce al pesimismo? No importa, Sófocles no era predicador; ¿que Otello es un león del Soudán, salvaje y brutal? ¿que más da ¿Shakespeare no era un apóstol; ¿que *Los Miserables* desconsuelan y desalientan de la organización social y de su mejoramiento? es lo demoes: Victor Hugo no era un confesor; ¿que Rubens estimula la lascivia y el desenfreno paganos? y qué! Rubens no era maestro de escuela!

**

El alegato como se ve es formidable, lleno de plausibilidad y apoyado en documentos fehacientes. ¿Qué replican los partidarios del arte púdico, recatado, virtuoso? Poca cosa: el arte y la virtud se confunden; no hay verdadera belleza sino dentro de lo bueno; el arte tiene por misión pintar lo noble y lo grande; no siendo sino una emanación divina aspira a la virtud suprema y pinta el ideal; el ideal del arte en la virtud y la belleza divinas, etc., etc.

Esta lamentable argumentación, que comienza por dar por demostrado lo que está a discusión, que asigna al arte fines que los hechos prueban que no son, exclusivamente al menos, los suyos; que invirtiendo los términos del problema pone al Perugino más alto que a Miguel Ángel, a Shakespeare muy por debajo de Delille, es a mi juicio el mejor alegato en contra y sería bastante a nacer triunfar la tesis contraria.

Pero como la imposibilidad de entenderse en la cuestión, emana de la manera de plantearla. A cada paso se confunde lo que el arte es y ha sido, con lo que el arte puede y debe ser.

**

Que el arte es y ha sido inmoral, es inconcuso. Las señoras no pueden hoy visitar Pompeya ni leer a Marcial, como no podrían concurrir a las Saturnales ni a los misterios de Eleusis; hay un museo secreto en Nápoles que ruborizaría a un dragón. El arte ha sido inmoral porque la humanidad lo ha sido y seguirá ese camino mientras ella persevera en el suyo. Cuando a la humanidad le ha dado por la virtud, como durante una parte de la Edad Media y durante el imperio del puritanismo en Inglaterra, el arte se ha hecho púdico, intransigente, mogigato; y en vez de pintar las delicias de Capua, pinta las excelsitudes del éxtasis y los tormentos del purgatorio. Todas las figuras pintadas antes del Renacimiento y todas las estatuas esculpidas, están envueltas en ropajes que ocultan las formas pálidas y enflaquecidas por el ayuno, sombrías y taciturnas; en el teatro se representaban autos sacramentales y escenas bíblicas; la literatura era mística, extática, paradisiaca. Hay que leer a los puritanos ingleses, a los místicos españoles, visitar no solo los claustros y conventos sino los palacios y museos, para formarse idea del imperio de la religión y de la moral de aquellos tiempos y de aquellos lugares.

El arte reflejaba entonces, como antes y después, el estado del alma, el giro del espíritu, el sesgo de las costumbres. En Grecia y Roma era franca y candidamente obsceno, como los usos de la época; volvió en parte a revestirse ese tipo con el Aretino y con Boccaccio, siguiendo la corriente pagana del Renacimiento; y vuelve a revestirlo hoy con la decadencia moral de las Babilonias modernas, amparado con el sofisma realista, que pretende que el arte es la verdad y que se complace en la pintura del vicio, porque es real y positivo en nuestra época.

**

El arte ha sido, es aún inmoral, y fuera de las reglas de la moral y de los principios de la virtud ha producido obras maestras, creaciones inmortales. Pero a la vez que se comprueba ese hecho, se dibuja y se acentúa otro que le es contrario. El arte se modifica en el sentido de la moral y de la virtud mismas. Donde quiera que ha desaparecido un vicio, o cuando menos que la opinión lo ha flagelado y anatematizado, el arte que lo embellecía ha desaparecido. Ya no se pintan cuadros ni se escriben versos de la índole de los que fueran predilectos en Gomorra; Zolá no se ha atrevido a tanto ni el público se lo toleraría. No bien un vicio se hace odioso y repugnante, deja de ser bella la obra que lo preconiza o lo exhibe. En Inglaterra casi no se escriben dramas ni novelas de adulterio, porque repugna completamente a las costumbres; en Francia ese género de producciones es el pan de cada día, porque, triste es confesarlo, el adulterio en Francia no es odioso sino a los maridos, y eso respecto de sus propias mujeres.

Cualesquiera que sean los desbordamientos de nuestra literatura y de nuestro arte inmorales, es un hecho que tienden a hacerse clandestinos, solapados, ocultos; leemos a Zolá pero lo escondemos, y esto constituye un progreso sobre las cínicas ostentaciones de otras edades.

**

No; que el arte sea de hecho inmoral, no prueba que deba serlo ni que siga siéndolo. Para encontrar bello lo calumnioso, lo obscuro, lo indecente, se necesita tener algo de todo eso en el fondo. Un sabio no tolera los paraísos artificiales de Baudelaire; un casto repugna los sonetos del Aretino; una mujer virtuosa tira con asco un libro sádico.

A medida que la humanidad se moraliza, el arte se acomoda a la virtud reinante; esa transacción comienza con la hoja de higuera y acaba con los idilios de Lamartine. Y como esa virtud gana y contagia también al artista, acaba por no haber quien produzca obras inmorales, porque no hay intérpretes para ese género de belleza.

Pero hay una razón que justifica el vituperio de las obras inmorales. El hombre necesita de toda la verdad; pero puede y sabe prescindir de una parte de la belleza. Mientras la ciencia está obligada a investigarlo todo, a saberlo todo, a decirlo todo, porque cada verdad ignorada es una necesidad no satisfecha, el arte puede, debe prescindir de determinado género de goces, cuando son malsanos y peligrosos. El arte suministra goces, placeres; la ciencia satisface necesidades; hay goces que enferman, que pervierten, que matan, tal es el alcohol, el hatschis, el opio; y pretender que el arte debe ser libre, es sostener que el goce debe serlo también, y a tanto equivale esto como a envenenar a la humanidad para hacerla feliz. El arte libre, sin trabas, sin restricciones, es la distribución sistemática de jeringuillas de Pravaz, de pipas con opio y de litros de ajeno.

DR. MANUEL FLORES.

LOS DOS COMPLICES

Triste estaba yo, triste, muy triste; y dos ángeles que pasaban, a consolarme acudieron. *Amor y Esperanza* se llamaban, y amando y esperando revivieron la alegría de mi alma y las ansias de mi ambición.

Dulce la vida corría; flores por doquiera hollaban mis pies; guirnaldas ceñían mis sienes, y el cielo estrellado bajaba hasta mí sin que yo fuera hacia él.

Hechicero el amor, encantado paisaje para mí dibujaba, y poniale luz y colores la fantástica Esperanza; prados hermosos, aguas serenas, montes altivos, y sobre ellos un castillo blanco que las nubes tocaba y con las nubes crecía, y sobre el castillo mi amada, y junto a mi amada yo.

Vino la escarcha, borró el paisaje, heló las flores, despertó la razón y voló la esperanza.

Sólo el amor permaneció gritando: «¡Aquí quedo yo!» Y herido mi corazón responde: ¿quién eres tú sin la Esperanza? Déjame tú también, huye, verdugo, huye por Dios!

Nicanor Bolet Peraza.

LA LIBELULA Y EL LOTO

(CUENTO CHINO)

En una tarde del estío un joven mandarin encontró en los jardines de loto que bordan el río de oro, el palanquín de marfil de la princesa heredera cuyo gracioso nombre significa: Reina de la Primavera.

Impresionado por la belleza ideal de la Princesa, el joven en un arranque de insensato amor cometió la loca impertinencia de cantarle estos versos:

Disfruta el loto de perenal delicia
¡Oh Princesa de rostro encantador!
La libélula pasa y lo acaricia,
Y el loto muere suspirando amor.

Conmovida por esta audacia la princesa quiso recompensar al atrevido y con su mano blanca y fina como un copo de nieve, desprendió de sus cabellos de ébano un botón de nenúfar y lo arrojó sonriendo por la ventanilla del palanquín.

Pero el Emperador cabalgaba en pos de su hija, vió lo que había pasado y acercándose al palanquín.

—Luna que alumbras mi vejez—dijo—Reina de la Primavera ¿por qué tus dedos delicados firman con tanta lijereza sentencias de muerte? Por tu irreflexiva coquetería, ese joven mandarin entrará mañana al seno del infinito foco de la vida.

El sabio Kong-Phu-Tchen lo dijo: morirá el loto que se enamora de la libélula.

La Princesa palideció y como sabía que su padre era inexorable no pretendió hacer defensa alguna, sino que tan pronto como volvió al Palacio se encerró en sus departamentos y lloró abundantes lágrimas por la triste suerte del joven mandarin. Luego le escribió: «Gentil pajarillo cuya suave ternura ha dorado mi alma con un rayo de sol, gracioso colibrí de ojos que encienden la voluptuosidad; tu canto de amor te va a costar la vida. Mañana los cazadores de mi padre te atravesarán el corazón.

Si quieres que la harpa cuyas cuerdas sabes tañer tan deliciosamente, conserve por mucho tiempo las vibraciones de tu voz, escapa a la deshonra que te aguarda y suicidate esta misma noche. Pasa por tu garganta el collar de perlas negras que hallarás en el cofrecillo de sándalo que lleva este billete, y por amor a las libélulas, sumérgete en el profundo río donde crecen los lotos apasionados.

La muerte te parecerá dulce si cerrando los ojos te persuades de que la presión mortal del collar es la caricia ardiente de mis amorosos brazos... »

La noche ha cubierto el Palacio con su manto de raso azul bordado de estrellas. La Princesa duerme con los labios entreabiertos por una sonrisa que parece ser precursora de besos. Al despertar el alba, despierta alegre y tranquila, se entrega perezosamente al cuidado de sus esclavas y una vez engalanada por ellas, monta en su palanquín de marfil.

Ninguna sombra obscurece la faz radiosa de la Reina de la Primavera. Ríe locamente y se divierte atormentando al perrito de Tartaria que le regaló su tía la reina de Corea. En el curso del paseo matinal, el palanquín de marfil pasa por los jardines de lotos que bordean el río de oro. La Princesa no se fija en el espanto de su servidumbre, y pasa sin demostrar la menor emoción cerca del cuerpo del joven mandarin, suspendido por su collar de perlas negras a la rama de un tamarindo.

—Caminad más despacio, dijo a sus esclavas, y luego moviendo con lentitud su abanico de plumas de pavo real, dió amorosamente a su perrito una pastilla de Nafé de Arabia.

PABLO D' ENJOY.

NUESTROS GRABADOS

Las fotografías del baile

Debemos a la fina amabilidad del Sr. D. Alfredo Zaldivar varias vistas del Baile de Tacubaya. El Sr. Zaldivar, *amateur* entusiasta del arte fotográfico, lo cultivó por mero pasatiempo con un éxito satisfactorio. Sus trabajos que mucho le agradecemos esta vez, no han sido muy útiles para dar una idea lo más exacta posible del sarao que reunió a nuestra culta sociedad.

Otras vistas debemos al Fotógrafo ruso Mr. C. K. Thorncliff, conocedor de su arte y especialista para hacer fotografías por la noche. Sus trabajos son siempre de una precisión admirable y de una delicadeza exquisita.

Nuestros grabados de hoy reproducen las fotografías a que nos hemos referido.

La eterna belleza.

El ideal de la belleza es eterno. Que haya surgido como una flor blanca en los polos ó como una flor pálida en las costas, que haya palidecido bajo las atenciones del harem ó sonrosádose suavemente al beso de las primaveras europeas. La belleza es inmutable, es el eterno ritmo de la línea unido al ritmo eterno también de la expresión serena. Por eso el retrato de esa mujer que hoy orna nuestras páginas, ese retrato en que se sorprenden todas las serenidades del olimpo y todos los himnos de la línea debe llevar al calce estas palabras: La eterna belleza. Eterna porque si el cuerpo es perecedero, la línea es inmortal. Huye de un rostro, pero no desaparece del mundo de lo posible y mañana radiará en un rostro nuevo.

La línea no puede morir

El Medio Día

Faeton, hijo de Climene, subió una vez por el sendero que guía al palacio del Sol y penetrando por sus puertas de diamante, llegó hasta el trono de luz donde con manto de púrpura y corona de oro se hallaba Helios acompañado de las Horas, los Días, los Meses y los Años.

Primavera y Estío, coronados de flores y frutos, Otoño é Invierno con pámpanos y nieve, hacían en el palacio guardia de honor.

—Oh! Febo, luz del mundo! si es verdad como dice Climene que tú eres mi padre, exclamó Faeton arrodillándose, acredítalo con una prueba patente que arranque de mi corazón la serpiente de la duda.

Helios se quitó para no quemar a Faeton los rayos que le circundaban, y recibéndolo en sus brazos lo acarició diciéndole:

—Pídemela prueba que quieras y te la daré; lo juro por el Río que recibe los juramentos de los dioses y que mis ojos no verán jamás!

—Quiero guiar un día el carro del sol y sus corceles.

Arrepentiose Helios de haber prometido, porque solo a su brazo potente era dado contener y dirigir el impetu indomable de la cuádriga y rogó a Faeton le relevara del juramento: pero como este insistió, el dios apenado y triste lo llevó junto al carro obra de Vulcano. La vigilante aurora abrió con sus dedos de rosa las puertas del Oriente, huyeron las estrellas y en pos de ellas Lucifer para cuidar de su regreso. Los caballos jadeantes llenaron el espacio con sus relinchos, Faeton bañado en divino elixir que le precaviera de las llamas, se lanza audaz, empuña las riendas, blande el látigo y parte por la inmensidad de los cielos. Pero no bien desconocieron la mano que los guía, abandonan su camino y se lanzan por extraviados senderos. Espantado Faeton de los portentos que le rodean y sin fuerzas para domeñar a los caballos se abandona a la desesperación, en tanto que el carro tirado al azar en loca precipitación, ya se eleva a los astros del firmamento ó ya se hunde en las nieblas del abismo.

Las nubes incendiadas se transforman en llamas, las más altas cumbres de la tierra son devoradas por el fuego, los mares se evaporan, los árboles se inflaman, y los campos se convierten en un río de lumbre. Muros, ciudades, pueblos, selvas y montes, todo se convierte en cenizas, y espantada la Tierra acudió a Júpiter el cual disparando sus rayos sobre Faeton le dió muerte. Lloró Helios la desgracia de su hijo y aun se propuso no volver a verificar sus viajes: pero instado por el Padre de los Dioses tomó de nuevo las riendas de la Cuádriga, blandió el látigo, castigó a los caballos impacientes y se lanzó por el Oriente en donde la Aurora había derramado millares de rosas frescas.

En recompensa del servicio que Helios prestó a la tierra y a los Dioses volviendo a sus tareas cotidianas, Júpiter hizo que una bellísima joven, coronada de rayos de luz, lo esperara en la mitad del cielo para animarlo con sus besos y sus caricias a seguir siempre su camino. Esta joven es la que está representada en nuestro grabado de hoy, radiante de hermosura, lanzando ardientes miradas, mientras su diáfano y magnífico ropaje flota a impulsos de la brisa.

POR HONOR DEL NOMBRE

Con este número de *El Mundo Ilustrado* recibirán nuestros abonados parte de la novela "Por honor del nombre." En este mes haremos otro reparto y quedará terminada la obra.

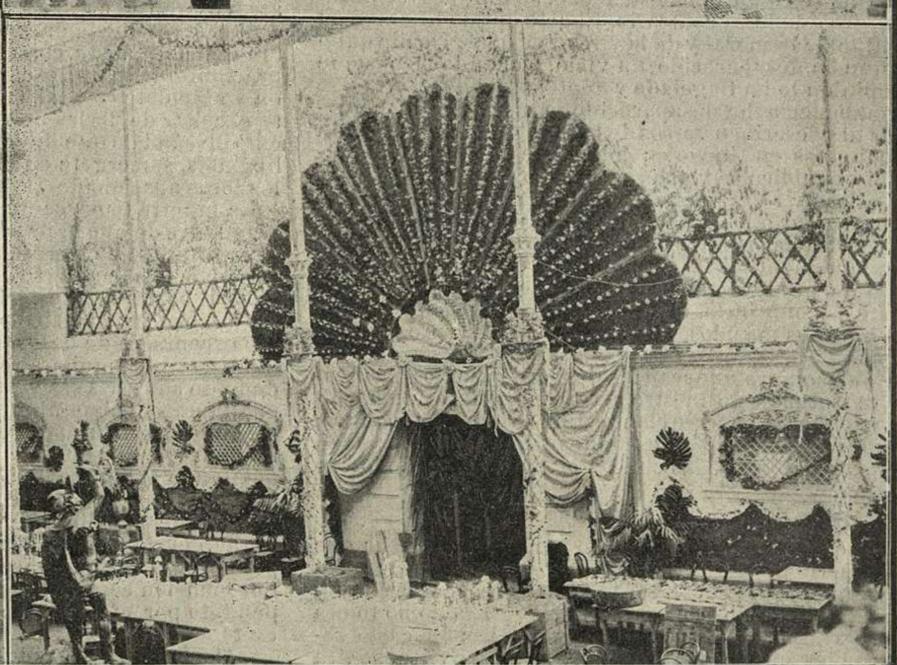
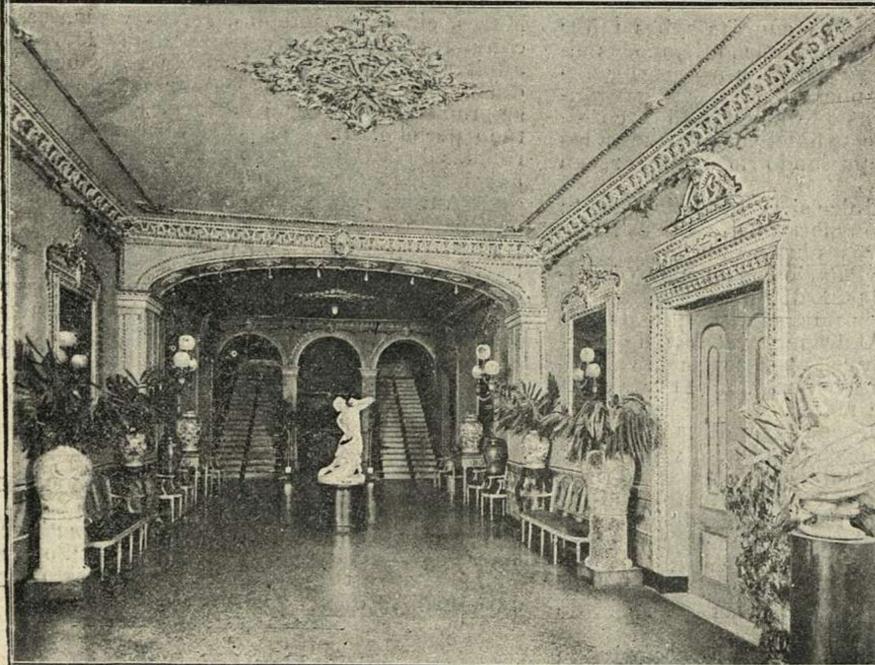
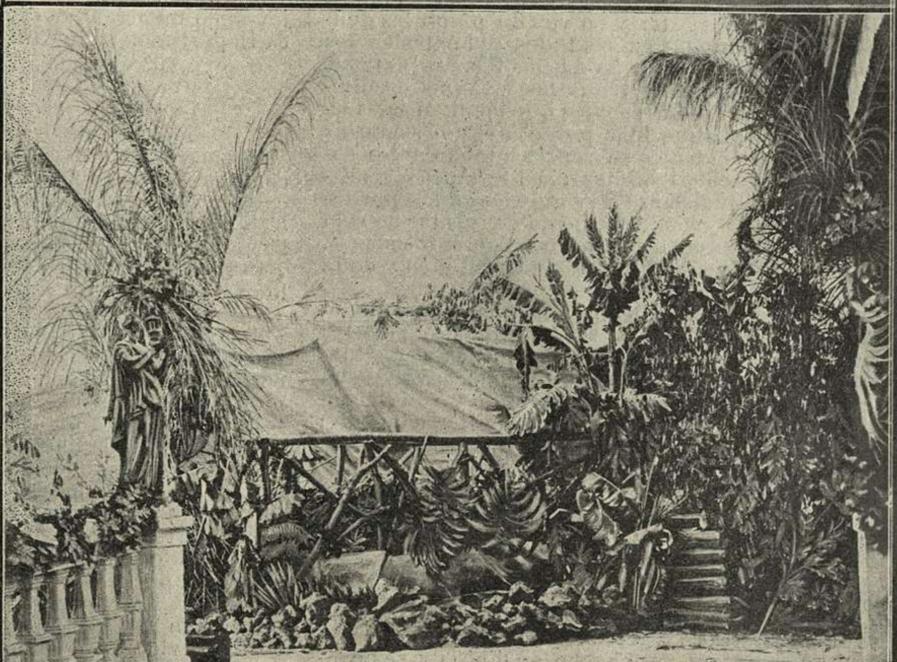
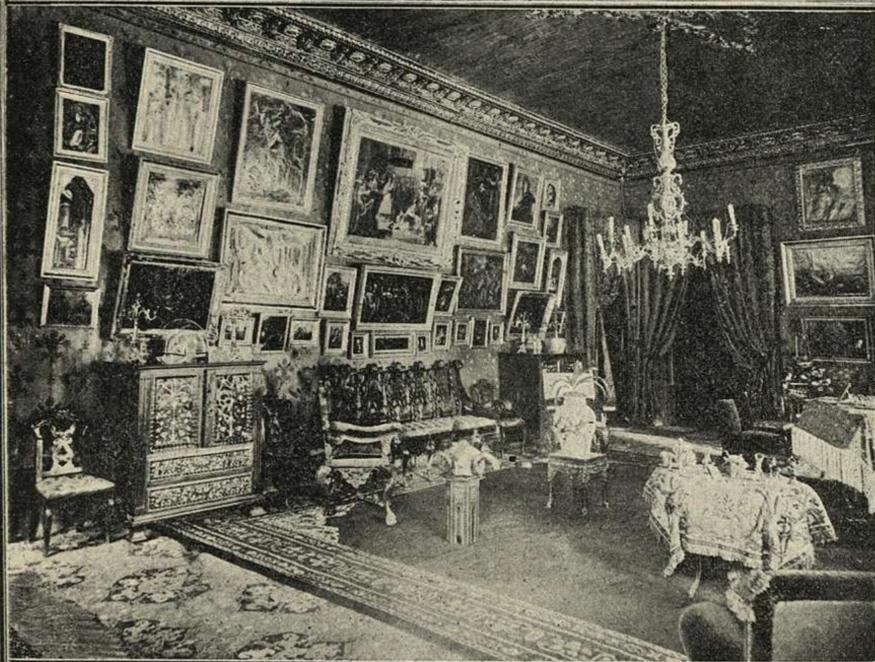
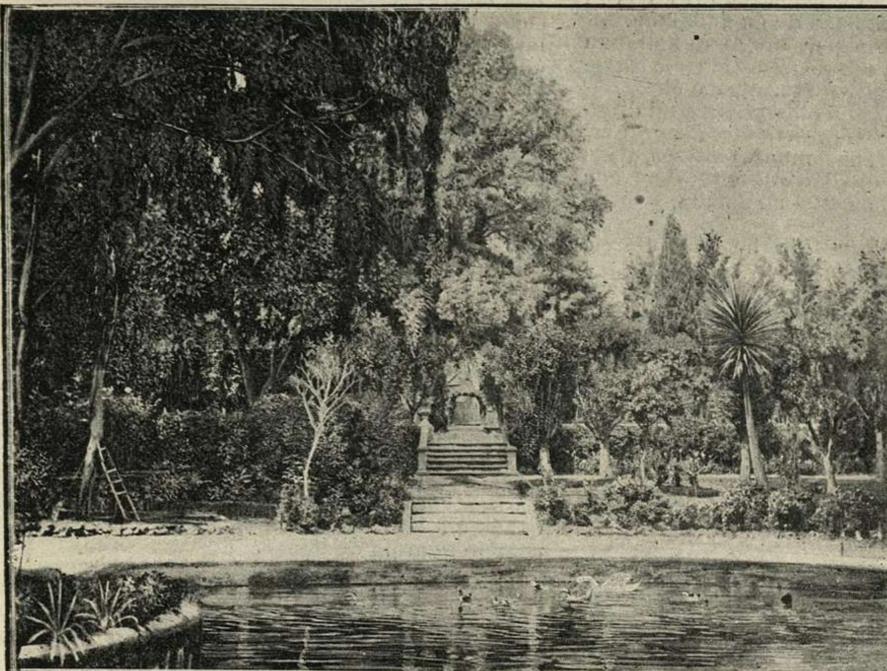
EL BAILE EN LA QUINTA DE LA TORRE.

Un baile es un torneo de gracias. Cuán triste sería la más elegante de las vidas, sometida hoy y mañana y siempre a la seriedad que imponen las preocupaciones de sociedad y la serie de falsías que se llama la etiqueta.

Yo siempre he tenido del baile una idea menos vulgar de las que patrocinan algunos moralistas: lo creo de origen divino; recuerdo que en todas las religiones la danza ha sido una suerte de adoración, una manera de honrar a los dioses, una manifestación de la belleza y de la gracia que equivale a la ofrenda de flores nuevas y al sacrificio de candidas víctimas.

Andando los tiempos, el baile adquiere el carácter de una tregua concedida al ilógico yugo impuesto a la mujer; bailar es ser libre un momento, poder mostrar todos los atractivos, descubrir un poco de la velada hermosura y escotar un poco de esa novicia taciturna que se llama el corazón femenino.

El baile en la quinta de la Torre



Lago y avenida del jardín.—Fot. de Alfredo Saldivar. [aficionado]

Galería de pinturas. „ „ „

Vestibulo de la casa.—Fot. de C. K. Thorncliff.

Escalera para el comedor.—Fot. de A. Saldivar [aficionado]

Cascada en un ángulo del comedor. „ „ „

Detalle del adorno del comedor. „ „ „

La juventud y un baile: he ahí la batalla campal donde la virgen si no decide de su suerte, cuando menos ve desconocidos horizontes de ese océano misterioso y confuso que se llama la vida. El baile dicen unos, es justa de vanidades; el baile, dicen otros, los reumáticos, es lazo del demonio; el baile, exclaman no pocos y yo con ellos, es una de las más artísticas formas de la lucha por la vida y de la vida femenina tan difícil, tan amarga, tan sedentaria para la mujer condenada a exhibirse a distancia en las recepciones ceremoniosas, en el palco de los teatros, en las tribunas de los hipódromos.

¡Cuánto se encierra en la cartulina timbrada que os invita a pasar unas breves horas de regocijo! Un pasquín revolucionario no produce en un partido turbu-

lento. las ansiedades que en el divino sexo provoca la invitación lacónica.

Y se preparan al sarao como si se tratase de una lucha con las únicas armas que les están permitidas: las personales y las accesorias; la sonrisa y la mirada; el traje y el abanico; el busto hermoso y el aderezo encendido con todos los fuegos de rica pedrería. Y son los arsenales la tienda de la modista, del guantero, del orfebre, del lapidario, de todos esos cómplices que llevando hasta el colmo el irresistible encanto, decidirán del triunfo ó la derrota.

Cuán trascendental será el episodio, cuan inmensas las esperanzas que despierta y las melancolías que sugiere que no hay una, (a menos que sea incurable desventurada) que no lleve por siempre en la memo-

ria el recuerdo de una frase musical, canto amoroso. Y junto a la madona confidente... . aquella etiqueta señalada con cruces, símbolo de otros tantos calvarios del espíritu!

Se llama *derroche* a una fiesta suntuosa; ya el incomparable Gauthier hizo de manera triunfal no solo la defensa, sino la apología de esas locuras de la moda y de esas trivialidades de una noche que ponen en movimiento por unos cuantos días la misma suma de riqueza que un empréstito en vías de negociación.

Se bota el dinero pero..... hay quienes lo recojan... el tapicero, el mueblero, el cristallero, el vendedor de vinos, el sastre, la modista y otras humildes personas que tienen familia. Eso no es dilapidar, es distribuir la riqueza alegremente, gasto que ó es virtuoso

ó no hay virtudes en el presente siglo.

Es un juego de azar: muchos hallaron la dicha y otros la perdieron, ahí bajo los grandes tibores, á la sombra de amplios follajes, unto á un biombo, en el rincón discreto del gabinete donde, como desmayadas frases y ruegos, llegaban las últimas y moribundas ternezas de la danza. Cuántas que entraron como triunfadoras, salieron como esclavas, á la luz del alba y cuántos iluminó la claridad del nuevo día poseidos de la lívida cólera de los celosí peripecias irremediables!

Peripecias que solo se evitan, anexionándose á las gentes graves del *fumoir* ó á la falange positivista del *buffet*! Y á veces ni aún así: he visto heridas de apoplejía amorosa á gentes pacíficas que por ofrecer una copa de dulce Oporto, se condenaron en vida. Bendita muerte!

Ya os explicareis porque el baile reciente ha adquirido las proporciones de un acontecimiento social. Los últimos crímenes, las enfermedades, la baja de la plata, la cuestión cubana, el asunto Dreyfus, tenían á los habitantes de la metrópoli en muy delicada situación de ánimo: era indispensable un libertador para esas preocupaciones é ideas tristes, y ese libertador fué D. Ignacio de la Torre y Mier.

No necesito deciros que descende de antigua familia de adinerados, que es un hombre de buen gusto, que sus posesiones, sus trenes y sus joyas artísticas lo colocan en envidiable fila de nuestra aristocracia, pero que el mejor tesoro, el más valioso, es la compañera hermosa, modesta y buena que convierte el palacio suntuoso en algo más suntuoso y más santo en el hogar. Esa compañera es la Sra. Amada Díaz de la Torre.

La prensa os ha dicho también que la fiesta fué dada en honor de la Sra. Catalina Cuevas de Escandón, dignísima y hermosísima dama que pertenece á una



Comedor particular de los señores de la Torre.—Fot. de C. K. Thorncliff

casa bendecida por todos los que aman las virtudes ú hubieron menester de la caridad. Los anfitriones y la reina elegida, no podían menos de marcar alto tono al festival celebrado en Tacubaya.

Nuestros aristócratas son parcós en invitaciones de este género; si en algunas épocas las han hecho, á últimas fechas se han encerrado en profunda reserva, á costa de la alegría social. Los círculos elegantes no cultivan sino el *sport* ó los regocijos del casino: una que otra fiesta de carácter privado; una que otra comida para íntimos, es cuanto registra la crónica de los salones en sus exiguas páginas.

La noticia por eso causó honda impresión, y mucho antes de que se fijara la fecha del baile, comenzó la

ansiosa caza de invitaciones, y hasta los comentarios platónicos sobre la decoración de la finca que superaría á cuanto era conocido en materia de lujo.

La *villa* de la Torre era el lugar apropiado para realizar los caprichos del más peregrino decorado. Un inmenso jardín cultivado á costa de enormes capitales, un jardín que tiene el misterio de los bosques antiguos, sus profundidades sombrías, cortado aquí y allá por las callecitas de arbustos floridos; interrumpido por colinas cubiertas de trepadoras que se enredan en una fuente; dominado por árboles corpulentos que abrigan plantas raras, que envuelven en penumbras la silenciosa desnudez de las estatuas que se miran en un lago surcado por cisnes; que en las noches explende á la luz de los focos eléctricos y que ciñe como cíngulo de flores la habitación de fachada antigua y señorial, que al transponer sus puertas el *amateur* y el hombre de buen gusto, tienen donde saciar su curiosidad de novedades. En esa casa el *sportman* halla departamentos hípícos montados á la moderna, trenes lujosos; el hombre de tendencias suntuarias y estéticas, todos los muebles y los objetos

que la moda y los refinamientos exigen en una vivienda de capitalista.

En el peristilo, mármoles imperiales y valiosos jarrones: os recibe en las alfombradas escaleras una tapicería de los Gobelinos; pálidas escenas de cacería con sus verdes antiguos de vegetación caprichosa, caballos que se encabitan, amazonas de ancho sombrero y larga pluma refrenando con la mano enguantada el brio de las impacientes cabalgaduras; grupos de perros poseídos del vértigo de la presa y en cada personaje y en cada terciopelo y en cada pormenor, el arte supremo de esas telas decorativas. Avanzais á un salón rojo de muebles amplios de corte antiguo; os devuelven una imágen, numerosos espejos encuadra-



Sra. de Gonzalez Cosío
M. Benoit Ministro francés
Señora Díaz de la Torre
Señora de Espinosa

Fot. de C. K. Thorncliff

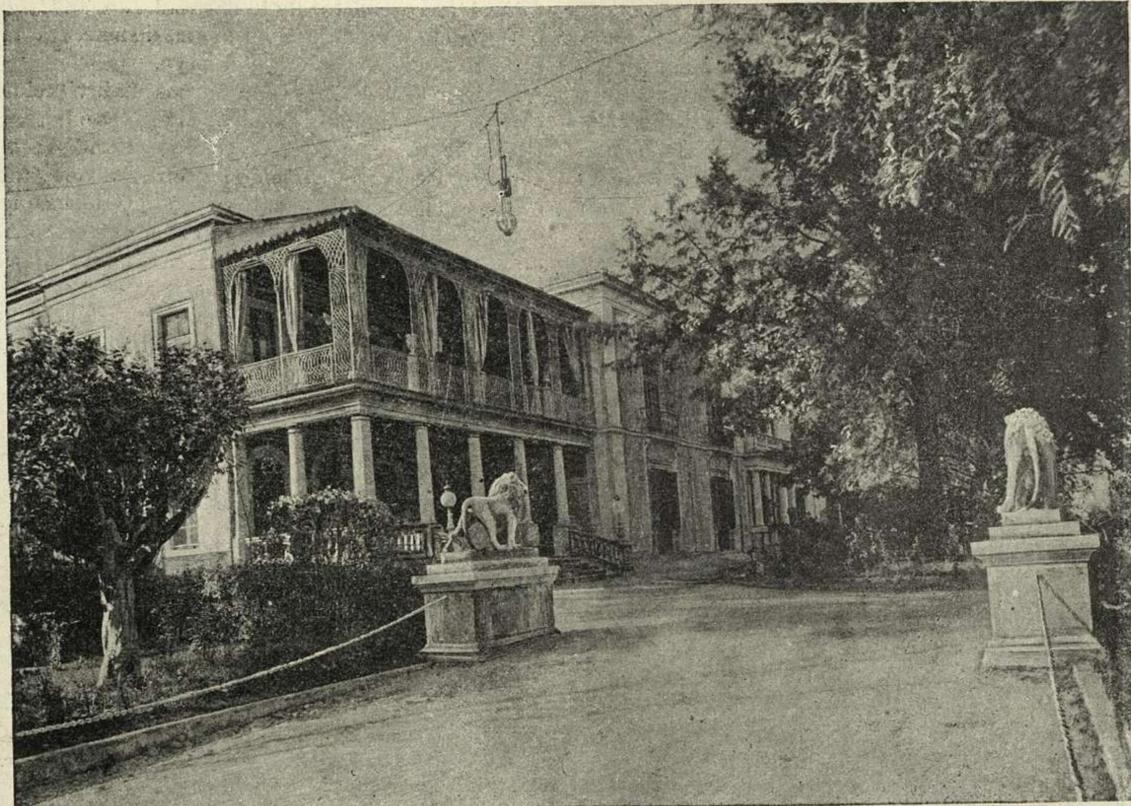
Mr. Clyton, Ministro americano
Señora de Limantour
Señor General Díaz
Señora de Clyton
Mr. Strong. Ch d'Aff. de Inglaterra



Lago en el parque.—Fot. de C. K. Thorncliff

dos en madera tallada: atrae vuestra vista un bronce, un vaso; inclasificables é innumerables obras de arte que requieren para ser vistas y apreciadas más tiempo del que puede disponer un visitante de paso, y los salones se suceden y algo os detiene en cada uno; ya es el reloj de marca principal, ya el dragón de porcelana obra del Japón extravagante, ya la *Musmé* de sombrilla y amplio traje que os ofrece en un plato rosas frescas; ya la mesa conventual oscurecida por los siglos, ó el sillón de coro lleno de misterios; ó la filigrana en corcho que reproduce las ruinas de *Poestum*; ó el medallón de esmaltes ó los vasos de Sajonia ó el servicio de café, de Sévres de vívidos dorados y perdurables y brillantes cobaltos.

Comentáis el *bibelot*, el violetero frágil y exquisito el *zinc* de asunto parisiense, tal cual porcelana meritoria por su abolengo y la mirada se siente atraída por las hileras de cuadros que en los muros se suceden. Recuerdo que el Sr. Alfredo Chavero un amoroso de la pintura, un refinado *amateur* de las telas calzadas por célebres firmas, contaba á alguien que parte de la galería del Sr. de la Torre, es resto de la que poseyó el Sr. Fagoaga; éste linajudo personaje encargó al pintor del Rey de España D. José de Madrazo que le formara una colección á cualquier precio y el notable pintor sin poner mientes en el importe la formó. Queda explicado por qué en este rincón de América y en el delicioso palacio de Tacubaya, se puede contemplar un Juan de Juanes, un divino Morales, paisajes mo-



Casa habitación.—Fot. de C. K. Thorncliff



Salón rojo de recepción.—Fot. de C. K. Thorncliff

riscos, episodios místicos que no es dado tener cerca en las casas montadas muy á lo moderno, ni enumerar fielmente sin los conocimientos competentes para no incurrir en equivocaciones.

Afortunadamente para nosotros y para nuestros lectores, un hábil fotógrafo ruso Mr. Thorncliff, especialista en negativas tomadas de noche, y el joven y ya notable aficionado Don Alfredo Zaldivar nos han proporcionado vistas que en este número publicamos.

Unas representan curiosos departamentos de la casa del Sr. de la Torre como ordinariamente se encuentran y otros como se hallaban poco antes del baile y en el momento en que tenía lugar la espléndida comida.

La imagen con más fidelidad que la pluma os mostrará el romántico lago que se halla al extremo de una calzada de idilica sombra, y á cuyas márgenes se levantan las palmeras erizas y el ciprés simbólico; no puede empero reproducir la algarabía de las aves acuáticas ni el trino de los huéspedes de la arboleda, ni el zumbido del insecto, ni el cuchicheo de los vientos; pero sí os mostrará el final de la rampa guardada por leones esculturales, la plazoleta en cuyo centro se levanta la casa habitación de arquitectura sencilla y elegante; el peristilo de piso de lucientes mosaicos, muebles de laca, tibores y plantas de ornato, el salón de recepción tapizado de rojo, amueblado con ajuares lujosos, provisto de objetos de arte, desde el cincelado candelabro hasta el taburete árabe incrustado de nácar; desde el espejo maravillosamente en-

cuadrado hasta la figura en bronce de gusto parisiense y asunto japonés; el comedor propio para las comidas íntimas y montado con todas las exigencias del servicio moderno; notable por su vajilla de familia labrada en plata y grabada con el escudo nobiliario; por su colección de porcelanas de servicio, cada una de ellas joya de la cerámica y por algunas piezas de Sévres antiguo que no necesitan comentario; la imagen en fin os mostrará la galería de pinturas que se convirtió para el baile en *buffet*, donde abundan cuadros que merecen mención más amplia que la hacadera en estas líneas breves y ella misma os dará idea de la decoración original del comedor donde la noche del sa-rao tuvieron asiento muy cerca de seiscientas personas: fué una obra no solo de adorno sino arquitectural. El salón del banquete se levantó en un jardín convertido en algo fantástico: mirad esas columnas ligadas por guías de flores, empavesadas con escudos y gallardetes; mirad esa escalera monumental que forma tribuna de macizos, de musgos y de flores; las estátuas que sostienen los lampadarios, las grecas, dibujos caprichosos relieves vaciados en yeso; mirad la enorme concha, la vulva de flores encerradas y pensad después el efecto de ensueño que producirían mil y tantos focos eléctricos formando cornisas de luz, postes incandescentes de columna; constelaciones aquí y allá, orlas de flama en los gallardetes y cortinas; ramilletes de fuego de trecho en trecho.

Figuraos el descenso de la comitiva, las damas deslumbradoras, con sus alhajas mejores y sus trajes de seda, los caballeros de frac rojo, la servidumbre de

Señora Formento de la Torre
Señor Pablo Escandon
Señora Romero Rubio de Diaz
Señor General Mena
Señora Mariscal de Limantour

Señor Felipe Iturbe

Señor Ignacio de la Torre
Señora Cuevas de Escandón
Señor José I. Limantour
Señora Escandón de Escandón
Fot. de C. K. Thoren'liff



gran librea y descendiendo de las tribunas de la música las frases amorosas de los valeses.

La aristocracia, la hermosura, la distinción congregadas en un solo punto, y los dueños de la casa y sus parientes y sus amigos íntimos, sin olvidar al más lejano de sus invitados, previendo sus menores deseos,

En fiestas como aquella se palpa la cultura social que hemos alcanzado, nuestras damas saben vestir sus trajes como reinas, sus alhajas á la par que valiosas son de buen gusto; las hermosuras son numerosas; ¿por qué pues esa reclusión de la clase alta? ó por qué si existen capitales, salones suntuosos, y un público se-

rieron el Señor Presidente de la República y su esposa, la dama querida y virtuosa, modesta en su alto puesto; los Sres. Srios. de Estado Don José Ives Limantaur, Don Manuel González Cosío, y Don Francisco Z. Mena; los Señores Ministros de Francia y de los Estados Unidos, y los *chargés d'affaires* de Inglaterra



La eterna belleza.

adelantándose á cualquier fantasía. Soñaos después, en los salones iluminados á *giorno* desbordando parejas de bailadores, el buffet con sus brándis espirituales, el *fumoir* con sus comentarios *bón ton* sobre la fiesta, y habréis tenido apenas una idea vaga de lo que fué la realidad.

lecto, raro es el que como regalo de gran señor congrega en su casa á un círculo elegante?

En este momento la crónica os ha dicho que la fiesta de Tacubaya fué un triunfo para el Sr. de la Torre y su bellísima esposa; que fué digna de la Sra. Cuevas de Escandón á quien estaba dedicada, y que concu-

y de España; el Señor Gobernador del Distrito y los Gobernadores del Estado de México y de Tabasco, y las altas personalidades de la aristocracia, la banca y la política; y en cuanto á las damas, lo más distinguido de nuestros salones.

N. N. N.

La Niña Bohemia.

LEYENDA HUNGARA

Por aquellos días había un juglar que iba siempre alegre de feria en feria, sin que le detuvieran el sol ni la lluvia. En los caminos en que había mucho fango, ó en los días de recias tempestades, algún compadre le tomaba de buena voluntad en la carreta, para regocijarse viendo cómo las mil puertas de su fisonomía giraban sobre los gonces de otras tantas arrugas tan gallardamente, que, no más de verlo, se parecían de risa hasta los sordo-mudos.

Llegado al lugar de la feria se detenía cerca de alguna vendedora de embutidos y le hacía un gesto; los extremos de sus cejas le llegaban junto á la boca, y la nariz se le hundía y aplastaba de modo que la cara parecía un pan de especia viejo y arrugado. Todos soltaban la carcajada; y la vendedora lo obsequiaba con una salchicha. El juglar abría la enorme boca, daba una cabriola y el obsequio desaparecía. ¿Dónde habría ido á parar? Se le buscaba por todas partes y al fin parecía en la manga de un monje que de casualidad pasaba por allí, pero la salchicha salía junta con el rosario, algunas puntas de cigarros y una baraja.

—Hijo de una mula! Nada de juegos conmigo ó sino..... Y el hombre de vida santa, prorrumpía en un sermón de palabras feas.

El juglar entonces se arrojaba persignándose con velocidad vertiginosa y pidiendo perdón con tan dolorosos extremos, que el monje levantaba la mano para bendecirlo; pero entonces el juglar empieza á sacar de esa manometros y más metros de cintas de todos colores, mientras el hombre santo rabia y la multitud aplaude á reventar.

Cierto día el juglar encontró en pleno camino una florecilla de los campos, sin dueño, rodada por el viento.

—¿Dónde vas chiquilla?—A ninguna parte—¿De quién eres?—De nadie.

Estaba abandonada y tenía hambre, y una criatura así, precisamente necesitaba el juglar.

Desde entonces empezaron á correr el mundo juntos el alegre juglar y la jovencita á quien había convertido en hechicera, y partían juntos también los regalos que les hacían. En una feria les dieron un peine y la hechicera aunque no lo usó nunca para peinarse aprendió á tocar en él aires encantadores; y conforme pasaba el tiempo crecía en edad, en cuerpo y en belleza. Con un pedazo de cinta roja sabía sujetar tan bien sus rebeldes cabellos negros, que formaban un conjunto más bello que si los hubiese alisado con un peine de oro frente á un espejo veneciano.

Por donde quiera que iban, una muchedumbre de admiradores les salía al paso, y la niña les decía la buena ventura, revolviendo en su delantal piedrecillas de colores: pero no era eso lo que los admiradores querían, sino uno solo de sus cabellos á cualquier precio.

—Un cabello, no mas que un cabello, linda hechicera, y toma en cambio mi alma.—Para el diablo está buena, ese la necesita, les contestaba ella riéndose; y sus dientes resplandecían de blancura y sus labios parecían que echaban llamaradas de fuego.

El juglar brincaba tras ella, se arrancaba de su peuca de payaso puñados de estopa y los ofrecía á cambio de un beso, que naturalmente nadie quería darle, y luego se iban con el viento á donde los llevaba.

Dormían sobre los surcos y dormían muy bien; el rocío de la aurora los despertaba, y después el sol evaporaba ese rocío. Y siempre con su juglar la bella hechicera, iba danzando de feria en feria.

Cierto día llegaron á una ciudad donde se encuentra la iglesia más hermosa del mundo, y en cuyas calles cruzan á todas horas innumerables procesiones de peregrinos. ¡Por qué, Dios mio, el viento los llevó allí! Al mismo tiempo que las procesiones, había en la ciudad una feria que duraba diez días cada año.

Las campanas de las torres repicaban, todo aquel pueblo estaba de gorja y se regocijaba ampliamente con las locuras del juglar. Cien jóvenes impresionados se agrupaban en torno de la linda hechicera, y todos y siempre le proponían el alma y la vida en cambio de uno solo de sus cabellos.



Entre estos adoradores había uno que la seguía también, que no le pedía nada, pero sabía mirarla como el sol cuando llega á la mitad del cielo. Y aun cuando estuviera detrás de ella, la hechicera sentía el poder de aquella mirada.

Cuando acabó de bailar una danza delirante y empezó á dar vuelta entre la concurrencia, presentando su tamboril engalanado, cayeron repicando moneditas de cobre, algunos espectadores arrojaban monedas de plata y cuando la niña llegó trémula, frente al extranjero aquél, cerró los ojos ante su mirada, dejó caer el tamboril y todo el dinero se derramó por el suelo. Los comerciantes, bateleros y peregrinos, se apresuraron á buscar y devolver las monedas. El extranjero por su parte dió al juglar una gran bolsa llena de oro, y el juglar pareció inquietarse y disminuyeron sus cabriolas, y llamó á la niña aparte y le dijo: vámonos de aquí, en esta ciudad está el infortunio. Sucedió por aquellos momentos que en medio de la muchedumbre, un hombre enorme, un marino, tomó á la hechicera por el tallo; pero el extranjero aquel que sabía mirar como el sol cuando llega á la mitad del cielo, tomó por la cintura al marino con una sola mano, y lo hizo volar sobre la multitud como una brizna de paja.

Inmediatamente el juglar se puso á suplicar de nuevo á su compañera que abandonaran la ciudad, y la llamaba como no la había llamado nunca. ¿No nos vamos de aquí? le preguntaba con una voz dulce como la nube que se funde en el azul de la aurora, profunda como el rumor nocturno de la selva.

Y el extranjero los siguió todo el día, y sin cuidarse del juglar decía que su barca estaba anclada allá abajo, junto al arco del puente, cerca de la puerta de la ciudad y que en el mástil flotaba un pabellón azul salpicado de estrellas.

—¿La reconocerás? preguntaba.

—Sí. Respondía la bella hechicera.

Más adelante la niña volvió á bailar una danza que echaba chispas como si mil diablos estuvieran pifando dentro de su sangre.

Al caer la tarde, cuando los mercaderes se alejaron, el juglar en pos de la bella hechicera, y á pasos languidecientes, atravesó las calles hasta llegar á la puerta de la ciudad. ¡Qué expresión tan triste la de su cara! ¡A bien que nadie había de verlo!

—¿Irás?—Sí.—¿Quieres que te lleve?—Sí.

Y la acompañó hasta la barca que tenía un pabellón azul salpicado de estrellas. Y no le volvió á decir nada, aunque no sabía qué iba á hacer cuando se quedara solo. No hablaba, pero sus gestos eran tales que de verlos habrían llorado las piedras si las piedras tuvieran lágrimas.

Saltó rápida la hechicera por la escalerrilla después de abrazar al juglar y le gritó desde la barca: «no te arrojes al agua, ya volveré»

Sentado á la orilla del río el juglar vió cómo los marineros desataban la barca, y cómo la barca empezó á seguir la corriente del agua.

El juglar echó á correr á lo largo del río y corrió durante tres días y tres noches hasta la playa del mar y no apartaba sus ojos del pabellón azul salpicado de estrellas, hasta que se borró en el horizonte. Y cuando no vió ya nada más, siguió mirando todavía durante tres noches y tres días.

El séptimo día regresó con paso vacilante á la ciudad donde está la iglesia más hermosa del mundo y en cuyas calles cruzan innumerables procesiones de peregrinos.

Allí le dieron dinero, mucho dinero, porqueno hay nada que divierta más que un payaso triste.

El pobre se fué directamente á la iglesia.

Se acordaba muy bien. En sus tiempos de juglar alegre, se le había referido que los votos formados en esta iglesia se realizaban siempre y que por eso iban allí tantas procesiones de peregrinos. Pero los que cuidaban el templo le rechazaron. Todo el mundo podía entrar á la iglesia pero él no, porque se pensaba que vendría á hacer una locura.

Con la cabeza inclinada se sentó en un extremo del atrio, y las gentes rodearon á este juglar que estaba tan triste y le arrojaron tantas piezas de plata que se formó con ellas como un nido y en el centro empezaron á caer piezas de oro.

Luego vino la tarde, enmudecieron las campanas, la iglesia quedó desierta, y el juglar se deslizó furtivamente por la sacristía.

—¿Qué vienes á hacer aquí, tú, payaso? refunfuñó el sacristán.

Todas las monedas de oro y de plata del juglar pasaron á la mano del monje, pero eran tantas que no cabían y las recibió en el hábito. El juglar suplicó se le dejara entrar á la iglesia por la sacristía para pronunciar un voto.

—Tú sin duda, no sabes rezar..... Pero suplicó tanto y rogó tanto al padre sacristán que al fin le permitió penetrar á la iglesia.

—¿Qué debo hacer para que la Virgen me conceda lo que voy á pedirle?

—Lo que mejor puedas. Y lo dejó entrar á la iglesia y desde el umbral de la sacristía se puso á observarlo.

El juglar no vaciló. Se fué derecho al altar que coronaba un cuadro con una imagen de la Virgen.

El padre sintió cierto pavor y permaneció estupefacto en el umbral de la sacristía.

Ante el altar, el juglar comenzó á hacer contorsiones vertiginosas, se retorció las piernas y los brazos, daba volatines, ponía la barriga en el suelo, juntaba la cabeza y los pies y rodaba por toda la iglesia, rebotaba con las manos, y sus pies casi llegaban á la bóveda, sus miembros repercutían contra el suelo como el rodoble de un tambor y su cabeza retumbaba contra los escalones del altar, su cara se plegaba en millones de arrugas, jadeaba furiosamente, y los cascabeles de su vestido de payaso repiqueteaban sin cesar. De pronto su cuerpo se contrae como un lienzo que arde, luego se redondea en forma de tonel, luego se estira como una culebra y solloza con quejas desgarradoras, ar-

dientes, y las venas de su cuello se hinchan á reventar, y el sudor corre á mares de su frente... hasta que al fin el infeliz, sobre mármol frío de la iglesia cae.

Y entonces en todas las torres, todas las campanas sonaron á la vez, la luz surgió de todos los cirios, los órganos preludiaron un himno, un divino fulgor emergió del altar; y la Virgen, la santa Virgen descendió del cuadro, se desprendió serenamente del velo estrellado ceñido á sus sienes y con dulzura de madre enjugó el sudor de la frente del juglar.

Luego voló su alma, voló, allá, donde para ser feliz no se necesita el regreso de la linda hechicera que se fué en ese barco que tenía sobre el mástil un pabellón azul salpicado de estrellas.

DÉSIRE MALONYAY.

DESDE AFUERA

A la pregunta de Lucio Sagris, de si habíamos sentido alguna vez el estremecimiento de lo sobrenatural, aquel soplo que en la alta noche hacía erizarse los cabellos de Job, casi todos nosotros respondimos (á fuer de burgueses prosaicos que somos) un *no* risueño. Dos ó tres, sin embargo, exclamaron sin titubear que *si*; á los restantes les puso pensativos la afirmación.

—La impresión de lo sobrenatural—dijo Sagris, endezezándose en la mecedora,—á lo menos, para mí, reviste formas variadísimas. No es solo á la cabecera del moribundo, ni al reflejo de los cirios que alumbran al muerto, ni en la gruta de Lourdes, ni en alta mar, cuando lo inefable nos roza con sus alas. A veces basta el choque de una mirada, la luz de unos ojos, el movimiento de unos labios al articular palabras solemnes.

Interrumpieron á Sagris las chungas del auditorio, que creyó ver en aquellas frases una alusión al amor y su peculiar efecto magnético. Al cesar el fuego granado, Sagris hizo un mohín desdeñoso y un ademán que significaba, «atendan.»

—Manía muy común—pronunció así que callamos—la de explicarlo todo por la reciproca atracción sexual. Hay en el mundo otras fuerzas y otras corrientes. Lo más notable de las revelaciones hipnóticas es que han demostrado hasta la evidencia que una persona enteramente desconocida y extraña puede, sin preliminar alguno, modificar profundamente nuestra sensibilidad nerviosa. . . .

—Si es una mujer bonita, vaya si puede!—advirtió Tresmes el incorregible.

—¡Bah!—murmuró flemáticamente Sagris.—El italiano Bastia, con solo fijar en usted las pupilas, le haría caer en sopor. . . . No me armen ustedes disputa sobre el hipnotismo; sacáramos lo que el negro del sermón; el hipnotismo, hoy por hoy, tiene parte de charlatanismo y parte de ciencia, y no vamos aquí á deslindarlas. Que fotografien efluvios y cuerpos astrales; yo no necesito esas pruebas materiales de la vida del espíritu. El mío, á guisa de balanza sensible, nota el peso más leve; cualquier influencia espiritual lo inclina. ¿Quiéren que les confiese hasta que extremo me dominó la fuerza de una voluntad? Confesión es, porque mucho hubo de pecado en mí, y siempre dura el remordimiento.

La cosa ocurrió siendo yo juez en Pontenova, una villita encantadora, como todas las que bañan las aguas del Miño, sea en la margen española ó en la portuguesa. Debe Pontenova su nombre á un magnífico puente de la época de Carlos III, por cual pueden pasar el río y refugiarse en Portugal los criminales á quienes persigue la justicia. Así es que en Pontenova se reconcentra muchas veces la guardia civil, y los desconocidos de mala traza infunden recelos. El puente se encontrará como á un cuarto de legua de la villa. Estos detalles son necesarios para que ustedes comprendan lo que sigue.

Una tarde, al volver de dar mi acostumbrado paseo, vi á la orilla de la carretera el cuerpo de un hombre, que más que vivo parecía cadáver. Acerqueme y noté que respiraba, y al mismo tiempo, al último rayo rojizo del sol, advertí la siniestra catadura del que yacía recostado en un montón de greva. Los andrajos de la ropa, la descalce de los pies destrozados y envueltos en trapos, la lividez del rostro, lo hirsuto de la barba, el anhelo de la respiración, decían á las claras lo que era aquel hombre y por qué se encontraba en el camino de Pontenova. Mi instinto de Magistrado se despertó, y pensé: «Un malhechor. . . Buena caza para mi amigo el teniente Pimentel.»

Cuando me acudía tal idea, el hombre abrió los ojos, y vi cruzar por ellos un terror humilde, un miedo de liebre, una súplica elocuentísima «Ahora eres cristiano y no juez» me gritó dentro una voz piadosa; y tendiendo la mano al caído le ofrecí asilo y socorro. «No tengo más que hambre y cansancio. . . . Hace cincuenta horas que no he probado alimento. . . .» Al oír las palabras y el acento lastimero que las profería, miré alrededor: la campiña y el camino estaban enteramente solitarios, y á mi casa, situada en las afueras de la población, podríamos llegar sin encontrar á nadie. Levanté como supe al desvalido; le hice apoyarse en mi brazo, y medio arrastras le llevé hacia las tapias de mi jardín, al cual entraba yo por una puertecilla que daba á un soto. No tropezamos con nadie; introduje á mi protegido en un cuarto bajo donde se guardaban trastos de desecho, y señalándole un sofá, le indiqué que descansase, mientras le traía de comer. A los diez minutos volví con pan, una botella de Jerez, bizcochos, jamón frío, fruta, queso, y me hice el distraído para permitirle devorar ansiosamente, á dentelladas, apurando copa tras copa. Y fué una cosa fulminante: acabar la postrer migaja, escurrir la postrera gota, y caer en el viejo sofá harto, feliz, dormido como una piedra.

Entonces me retiré y subí á mis habitaciones, con ánimo de dejarle pasar la noche allí y despertarle á la madrugada á fin de que cruzase el puente y se salvase. Ni aun se me ocurría reflexionar acerca de lo extraño de la situación, cuando vino á recordarme mis funciones y mis deberes el recado de que una mu-



La Danza

de la Niña Bohemia

por CAROLUS AGHAZY.

Quasi improvisata

PIANO



LASSÚ lent



plus vite

Tempo



jer solicitaba hablar con el señor juez en aquel mismo instante. Mandé que entrase, y la claridad de mi lámpara alumbró una figura imponente. Era, á juzgar por el traje, una aldeana de Castilla; vestía de luto, y su estatura, ya muy elevada, la aumentaban las negras haldas y el ceñido justillo de estameña. Venía cubierta de polvo; apoyábase en un palo largo, y sus greñas grises se revolían sobre una frente atezada sombreando dos ojos de brasa, cuyo mirar me subyugó, como subyuga el de algunos retratos antiguos. Flaquísima, enhiesta, grave; la mujer se quedó de pie al otro lado de mi mesa escritorio; y, á mis preguntas, contestó en el lenguaje claro y castizo de su tierra.

—Soy viuda. Desde Burgos vengo siguiendo al asesino de mi marido, para que no consiga meterse en Portugal. Al principio me llevaba bastante delantera, pero hace días le voy á los alcances, sin dejarle entrar en poblado ni descansar en sitio ninguno. He pensado: «En no consintiendo que duerma ni que coma, él acabará por entregarse.» Y van dos días por mi cuenta que ni ha podido dormir ni comer.

Aquí la mujer calló y me clavó su mirada ígnea, como se clava un puñal: al recibirla, senti ese estremecimiento de que antes tratábamos, un escalofrío que no tiene nada que ver con el de la enfermedad ni con el que causa la baja temperatura, un escalofrío no físico, sino más hondo. «Lo sabe», pensé.—«Sabe de cierto que su enemigo está aquí, oculto, amparado por el juez. . . .»—Y mientras yo guardaba un silencio cargado de electricidad, la mujer añadió secamente, sin tratar de moverme á compasión, sino más bien al modo del que acusa.

—A mi marido lo mató ese esperándolo á la noche, en el robleal. . . . Cinco cuchilladas le dió, una en el corazón, dos en el cuello, las otras dos en el vientre. . . . allí quedó para que lo comiesen los cuervos. Y yo aguarda, aguarda, hasta que viendo que no volvía salí á buscarle, y le topé así, con un charco de sangre negra debajo. . . . Al momento dije á la justicia: Fulano ha sido. . . . Cuando quisieron echarle mano. . . . ya estaba él huyendo, pero yo detrás, como su sombra. Mi casa se ha quedado abandonada: ni cerré la puerta al salir.

Mi equipaje, este palo; mi vida, anda que te andará. Nadie me dió seña ninguna, pero yo acerté con el rastro, yo sola. En mi pueblo era una persona acomodada, y he venido pidiendo una caridad. El pudo esperarme en despoblado y acogotarme también, solo que ya sabía yo que no se atrevería. . . . ¡porque á mí me acompaña Dios!

Al pronunciar este santo nombre con expresión tan trágica que creí escucharle por primera vez, la vengadora alzó un dedo descarnado y se quedó muda, hincándose en el alma su terrible mirar. Fué un combate que duró más de un minuto, entre sus ojos y los míos, hasta que acabé por querer desviarlos, y no lo logré. Comprendí que se apoderaba de mí, por la tensión increíble de su espíritu, por la energía de su deseo. El criminal también había influido en mí un instante; solo que satisfecha la materia con la comida, la bebida y el sueño, el anhelo de salvarse que al pronto demostró quedó extinguido. En cambio la mujer se me presentaba despreciando las necesidades físicas, en pie después de correr leguas y leguas, convertida en bronce, pero bronce caldeado por la llama de la voluntad.

Rianse Uds. si quieren. . . . Aquella mujer fea y vieja pasó á mí, se me incorporó y me fascinó hasta tal punto, que como en sueños, automáticamente, me levanté del sillón, tomé la lámpara, eché andar, y bajando la escalera seguido de la negra figura, abrí la puerta del cuartucho y señalé al sofá donde el asesino reposaba. . . .

Sagris al llegar aquí, respiró fuerte, oprimido de angustia.

—Y cuando le ahorcaron, ¿sufrió Ud?—no pude menos de preguntar.

—No sufrí más, ni siquiera tanto, como al otro día de entregarle. . . . La vida de aquel malvado, en suma, no me importaba gran cosa. Lo que me alborotó la conciencia, fué el hacerme cargo de que desde afuera pueden impulsarme así, obligarme á un acto tan decisivo. . . . Por efecto de esta página de mi historia, temo más á una voluntad entera que á un cartucho de dinamita.

EMILIA PARDO BAZAN.

LA DANZA DE LA NIÑA BOHEMIA

Este preciosísimo aire de Ballet que publicamos hoy en nuestras columnas, no es una obra suelta; pertenece á la Leyenda La Niña Bohemia y es la misma, que la bella hechicera cantaba con su peine de marfil





GODARD (2ª Mazurca)

[De «Bruma» libro en preparación]

Estábamos en invierno y caía nieve. Tras las amplias vidrieras de los balcones de la sala, allá en la casa de tu padre, nos poníamos a contemplar el panorama que tan pródigo era para ti—que sabes tan delicadamente sorprender la naturaleza—en impresiones que llevabas al lienzo con admirable realidad de matices. Aquella tarde la nieve había tendido una alfombra por los campos y estaba prendiéndose en las orquetas de los viejos árboles sin hojas. El cuadro era bellissimo esa vez, pero tú no te impresionabas con sus bellezas. Acurrucada en un sillón, envuelto tu cuerpo en un abrigo lustroso de nutria, y hundidos los pies entre las vellazones de aquella piel de tigre de cabeza achatada, fauces amenazadoras y ojos de vidrio, estabas, al parecer indiferente, mirando los rosetones de la alfombra, pero se delataba tu ansiedad por el vaivén acentuado y violento de tu pecho. Nuestros amores no habían tenido nunca un instante de sombra; pero en aquella tarde nublada y fría—momento neurótico en la vida de la naturaleza—surgió como violenta erupción volcánica, el grito de tu primera bendita angustia. ¡Cuanto vacilaste!... ¡Qué grande fué la lucha que entablaron tus ideas y tus palabras!... No, no, éstas no expresaban lo justo... ¿Cómo me dirías? Por fin temblaron tus labios, habían encontrado la frase que hiriera como dardo... palideciste y con voz débil y entrecortada hablaste. Era yo un pérfido, cruel, monstruo... y todo porque te contaron que la noche pasada había asistido a un baile de máscaras. Tenías razón... una debilidad mía, las condescendencias con los amigos... Y a tal grado llegó tu exaltación, que me hizo pensar en algo terrible: una ruptura, nuestra separación, tú para siempre lejos de mí... ¡Cómo! ¿No volver a oír tu voz tiernísima, como arrullo, como cadencia?... ¿No mirarme más en tus ojos? ¡imposible!... Quise llorar, te lo confieso, quise gritar que me perdonaras, arrastrarme a tus pies, invocar en mi auxi-

lio el recuerdo de nuestros instantes más felices... —Eres cruel, muy cruel.—me decías, te amé! ¡No te amo ya!... ¡Qué negra fué la sombra que me envolvió en aquel instante. Y quería yo que me oyeras, y las súplicas subían de mi corazón a mis labios, y no las dejaba derramarse en lágrimas tu mirada altiva. —Calla! ni una palabra más... voy a llamar a mi padre y a comunicarle mi decisión de no volver a verte. Y tendiste tu brazo y tomaste temblando el cordón de la campanilla. —Por piedad, no llores... te lo ruego. ¡oyeme!... Aquella escena iba siendo dramática. —¿Habla entonces, miénteme, engañame más... ¿que tienes que decirme? ¡Qué tenía que decirte!... Nada: callé y sentí que tu mirada, como un baño de fuego penetró por mis ojos. ¡Qué prodigiosa elocuencia la del amor! ¿Verdad que comprendiste luego...? Recuerdo que tu frente pálida se inclinó, tus labios húmedos y suaves se contrajeron voluptuosos, como si hubieran besado a una alma; y una irradiación tenue de la luz inmortal del amor, iluminó tu rostro de reina. Comprendiste toda mi pena, toda mi angustia. Tu mano no cayó tímidamente sobre una de las mías que había apoyado en un brazo de tu sillón. Aquel contacto me produjo un efecto imposible de describir... Anhelé que mis labios... pero te apartaste bruscamente arrojando los abrigos y las pieles. Ya lejos de mí, me miraste sonriendo y fuiste al rincón en que tu piano abierto, ofrecía la blancura de sus marfiles a tus caricias de artista. Oye,—me dijiste.—Y nació el sonido. Los primeros acordes que surgieron eran la expresión de un dolor desesperante, cruel; un dolor que incitaba a la cólera, que rugía, amenazaba... luego, —un paroxismo de febricitante— cadencias hechas girones, notas huidas gimiendo, acordes incoloros, el sonido vagando, vagando loco, hasta transformarse en un ritmo cadencioso y dulce... Aquello parecía ser la tierna balada del perdón—¡Un perdón como el tuyo!—el canto de una esperanza de felicidad.

¡Que bellamente ronreían tus ojos! Y me atrajiste hasta estar a tu lado. Seguías tocando, y ambos gozábamos ya con la atmósfera de amor que nos creaba la inspirada melodía. Casualmente levanté los ojos y miré un cuadro que estaba suspendido arriba de tu piano. ¿Te acuerdas que representaba? No puede habérselo olvidado. Sobre un lecho blanco, como un nido de armiño, una niña arrodillada y con las manos enlazadas decía la oración por sus padres. Ellos, tras las gasas del pabellón contemplaban la actitud conmovedora de su hija, de su realizado ensueño de amor. ¡Qué desconocida impresión me causó aquel cuadro! Sentí volar mi pensamiento hasta un entonces semejante, que flotaba aún en el cielo azul de mi porvenir! me abismé... y me sorprendiste, llevaste tu mirada a aquel cuadro y... lo comprendiste todo. Ruborosa inclinaste tu frente, pero ya no era tímido: tus ojos me contaron lo que pensaste. Nos amábamos, y nuestras almas habían celebrado sus nupcias... De nada te sirvió que huyeras cuando intenté besar tu mano, porque después,—recuérdalo,—puse sobre tu frente virgen, tersa, eucarística, el beso más apasionado que ha producido mi alma. Ahora, dime, si no conservaré un recuerdo gratisimo de aquella tarde... vamos, siéntate al piano y preludia otra vez aquellos acordes tan sentidos; mira, aquí está el papel: *Godard (2ª Mazurka)*.

LUIS FRÍAS FERNÁNDEZ.

DRAMAS PSIQUICOS.

EL REGRESO

Cuando se fué, risueña é insensata, y me dejó llorando, dije:—Parte, pero vuelve al hogar pasión ingrata, que se quedan mis sueños a esperarte.

Mis núbiles y frescas alegrías, la persiguieron, locas y traviesas, gritándole: ¿Qué buscas ó qué ansias? ¿Por qué te vas ¡oh madre! y no nos besas?

Trémulas de dolor se despidieron mis ilusiones, y después, en calma, silenciosas y juntas se escondieron en el rincón más triste de mi alma.

Y todo esperó en paz: todo callado, como al huir la golondrina espera en el alero el nido abandonado, á que torne otra vez la primavera.

Y hablaba mi tristeza pensativa á una enferma ilusión entre las sombras: Vamos, no sufras más pobre cautiva... Si ya no ha de volver ¿porqué la nombras?

Mas como aguarda joven impaciente la hora de la cita, en la ventana, mi ilusión, al recuerdo de la ausente decía: hoy no volvió, vendrá mañana.

Y mi esperanza, pálida de amores, como anémica virgen se moría y pasaban las nieves y las flores, y la pasión ingrata no volvía.

Y de cansancio, soledad y frío, llegó á mis sueños la infinita calma, y muerta la ilusión quedó vacío el hogar pavoroso de mi alma.

Ya mudo desde entonces fué mi duelo: nadie espera, llorando, su venida. Caen las hojas; se entristece el cielo... Estoy en el Otoño de la vida.

Mas he aquí que por la senda obscura, con paso lento que el pesar delata, aparece en la sombra su figura... Ah! qué distinta estás, pasión ingrata!

¡De dónde vienes? Todo lo adivino; una flor mustia tu cabello enreda, y entre tu falda azul, manchas de vino salpican los encajes y la seda.

Hay en tu rostro fiebre que consume; los ojos brillan en su negro engaste, y, á distancia, trasciendes al perfume de las aras de amor donde oficiaste.

Te creí muerta ya; pero aún existes; tiene tu débil voz extraños ecos; traes de mucho ver, los ojos tristes, y de mucho besar, los labios secos.

Hoy detienes tu marcha ante la puerta del olvidado hogar, pero ya es tarde; no hay en mi alma lúgubre, y desierta, ni quien lllore por tí ni quien te aguarde.

La madre se olvidó de los pequeños hijos; mas vuelve y sollozante grita: ¡Esperanzas, abrid! ¡Salid, ensueños!... ¿Y no contestarán...? ¡Quién resucita?

Llega el hastío tras la dicha loca, los sueños mueren y el encanto pasa... Toca, pasión arrepentida, toca, toca! no te han de abrir... No hay nadie en casa.

LUIS G. URBINA.

LAS MUJERES DE WAGNER

Iolanda, una espiritual señora italiana, acaba de publicar un curioso libro, con este título, al que le ha puesto un prólogo el literato italiano, Conrado Ricci.

Dice el prologuista: «Con inteligencia amorosa presenta *Iolanda* al lector esas hermosas figuras wagnerianas, y escruta el alma de las mujeres creadas por el que poseía una gran inteligencia artística. Hay que decirlo, el nombre de Ricardo Wagner conmueve y exalta, como el nombre de aquellos pocos que, en la aparente vulgaridad de las cosas, encuentran la eterna belleza y la eterna poesía de la naturaleza.»

Ricardo Wagner es una de las figuras artísticas más potentes que han existido. De él puede decirse que «se rompieron los moldes al nacer.»

Es el taumaturgo de la armonía que una vez que le ha dado forma, la entrega al pueblo, afanoso de alcanzar la alta cima del ideal, y le acompaña en la gloriosa ascensión.

Y para armonizar al mundo con la idealidad, Wagner enlaza en un vínculo de armonía los elementos de arte, tomando la tradición del teatro griego e infiltrando la vida en el melodrama.

Poesía, música, baile, aparato escénico, deben fundirse y formar un todo indivisible, aportando una serie nueva de goces estéticos que á un tiempo levanten el espíritu y susciten las alegrías del pensamiento.

El melodrama—dice Ricci, queriendo mostrar la altísima idealidad de la obra wagneriana;—anterior á Wagner, salvo pocos fragmentos, se formaba con unas cuantas recetas.

Insisto sobre esas palabras: romanza, cabaletta, rondó, concertatto, duetto, terzetto, etc.

Podían ser, y eran algunas veces estas romanzas, concertantes y rondós, bellísimos, pero la acción dramática dependía toda del poeta.

Toda la música de una ópera, casi siempre podía aplicarse á otra mientras las estrofas fuesen del mismo metro y tuvieran número igual de versos. El ambiente, en el melodrama prewagneriano (que por desgracia del arte ha llegado hasta hoy y aun se cultiva) no existe.

Viven la *primma donna*, el tenor, el barítono..... pero con vida propia, y el uno depende del otro, porque el poeta los acerca para que se quieran ó se maten.

«Pero de qué unión y de qué espíritu está animado todo, en el drama wagnerino.»

El hombre canta, pero no está solo. Le rodean sus pensamientos.

Cuando no habla, la naturaleza se agita alrededor suyo. Los recuerdos del corazón, expresados por dulce melopea ó por suave melodía, vuelan sonando por el aire. Como con los ojos de la mente volvemos á ver una imagen adorada; así, con la audición de la mente, podemos sentir otra vez un dulce canto. En el drama lírico wagneriano, todo pensamiento espiritual vuel-

DAMAS MEXICANAS.



Señorita Virginia Cañas

DE GUADALAJARA.

[Fotografía Lupercio.]

vese pensamiento musical, y cuando debe volver, empiezan á susurrarlo los instrumentos, desde la cueva donde están encerrados (refiérese á Bayreuth, donde la orquesta no está á la vista del público) hasta que sale con toda la potencia de un recuerdo que alegra ó entristece.»

Todo el mundo sabe—refiérome á los wagneristas (que afortunadamente cada día aumentan considerablemente) y filómanos—que las representaciones de Bayreuth revisten una solemnidad grandísima, casi religiosa; que el teatro está construido de manera que

la representación produzca en el espectador la mayor ilusión posible y le aleje, todo lo posible de la realidad para que su espíritu esté dispuesto á la visión de lo ideal. Así los personajes hacen su aparición de manera espléndida, desaparecen los actores y aparecen las figuras grandiosas de los héroes wagnerianos: Sigifrido, Lohengrin, Parsifal, Senta, Isabel, Ortruda, Elsa, Isolda, Brunequilda..... La escena completa la ilusión, utilizando todo lo inventado por la ciencia moderna; y aparece otro mundo que la armonía orquestal envuelve en su mágica sonoridad

El espectador es hipnotizado; y se encuentra como en un estado de alucinación y se sumerge con el poeta en el encanto de aquellas fantásticas apariciones.

Iolanda ha sentido todo esto. con las exquisitez de una alma superior, y las mujeres de los poemas wagnerianos han pasado en su fantasía como brillantes fantasmas.

La escritora coge en su genial pureza aquella «idealización de lo real» y muestra su significado.

Senta (Barco Fantasma) «la pálida soñadora» abre el fantástico cortejo.» Más pura que Isolda, más grandiosa que Isabel y más joven que Elsa, tiene una vaga semejanza con Ofelia y Guilieta, porque vive como ellas encerrada en arrobamiento de amor y de dolor.

Después viene Isabel (Tanhauser) «Se parece á una de aquellas santas reinas, que bajaban las áureas gradas de sus tronos con las manos juntas y los ojos clavados en el cielo, para sumergirse en la sombra piadosa de un claustro ó de una gruta de penitente.

«Senta é Isabel dedican al amor el mismo holocausto; ambas se sacrifican por el pecador: pero entendiéndolo de manera bien distinta. Senta quiere redimirlo con el amor vivo, eterno; Isabel, torturándose con una larga y ociosa oración.»

«Aquí está Ortruda de una belleza sinistra y fatal, como su corazón, y á su lado su víctima Elsa, la rubia virgen loca, que para destilar fragancia destruyó las soberbias flores de su amor sobrehumano. ¿Quereis saber quién es Lohengrin, quien el que la adora, y á quien ella adora? ¡Oh, Elsa, el nombre del sueño! Una fluctuación tenue, ridente, intangible, ¿Has visto? Pues aquí está el sueño.

«El nombre de Isolda (Tristán é Isolda) significa el poema de la pasión delirante, el incendio. Le hace contraste

Eva, la coquetuela enamorada, que cree en el amor y está contenta con sus alegres esperanzas.

Siglinda, Brunequilda y Kundry, aparecen en el lejano horizonte, indistintas, desvanecidas, cual blanca voluptuosidad que fluctúa en el éter.

La poesía de Wagner es revelada en el poético libro de *Iolanda*, que caldea en su corazón las fantásticas figuras femeniles del mundo wagneriano, y las circunda de luz y de perfumes y las hace palpitar cual si fueran criaturas vivientes.

En la primera página de un álbum.

Sonó el clarín: por los espacios vuela
Su ronco acento que el castillo guarda,
Y firme y respetuoso el centinela
Golpeó contra el marmol la alabarda.

Te vió llegar el mercenario suizo
Que vigilaba desde el muro viejo;
Sobre el fosó está el puente levadizo
Esperando que pase tu cortejo.

A la voz del heraldo que te nombra,
La servidumbre por doquier se mueve....
Ya se extendió en el pórtico la alfombra
Hecha no más para tus pies de nieve.

Entra y no temas..... el fulgor del día
Que en tus grandes pupilas centellea,
Alumbrará la obscura galería
Que el cincel del artista festonea.

Del trono augusto hasta la meta sube
Por la amplia escalinata de alabastro,
Y envuelta del incienso entre la nube
Parecerás como en el cielo el astro.

Bañarán las antorchas con su brillo
La orla dorada de tu airosa veste,
Serás la reina del feudal castillo
Que un mago alzó sobre la roca agreste.

Agitando sus bélicos penachos
Armados te custodian los pecheros;
No temas por tu honor, que en los picachos
Sólo anidan los buitres altaneros.

En la almena que sirve de atalaya
Se abarcan infinitos horizontes:
De un lado el mar con su espumosa playa
Y por el otro los azules montes.

Cuando se acerque la estación que aterra
En que la nieve de los cielos baje,
Y silenciosa y fúnebre la tierra
En sudarios inmensos se amortaje;

Cuando con su melena destrenzada
Corra por fuera el huracán que ruge,
Y al cabo te fastidie en la velada
El eco eterno del cristal que cruje,

Deja que llegue el trovador errante
A quien mofan é insultan los protervos,
Dile que pulse su laúd, que cante
Para embeleso de tus pobres siervos;

Que destierre la negra pesadumbre
Que pobló de su espíritu el vacío,
Y al brindarle un lugar junto la lumbre
Que lo proteja del nocturno frío,

Dile que forje la leyenda de oro
Que al mismo tiempo que cautiva, arredra,
De la cristiana que adoraba al moro
Y que hoy se encuentra convertida en piedra.

Deja que formulado en vibraciones
Suba tu nombre hasta los cielos tersos,
Que invadan tus magníficos salones
Cual golondrinas de tisú los versos.

Y al mirar los raudales esplendentes
De tus cabellos que la esclava peina,
Deja que te proclame entre las gentes,
De las hermosas la señora y reina.

Ordena á los guardianes del castillo
Que nunca al pobre sus recintos cierren,
Que bien pueden dejar franco el rastrillo
A cuantos bardos por los muros yerren.

Y yo que, como todos, deslumbrado
Por las grandezas del altar severo,
El templo á tu hermosura consagrado
Con torpe planta profané el primero,

Perdóname esta vez..... negros dolores
Hieren á mi alma que á tu lado reza.....
Yo no sé que virtud tienen tus flores
¡Que alivian del que sufre la tristeza!

Ungir con los perfumes de sus rosas
La fe que el vaté de los cielos trajo,
Es la santa misión de las hermosas,
De las castas vestales de aquí abajo.

En cambio, Julia, por la hermosa dama
Irás vibrando mi clarín de acero,
Y seré de tu prez y de tu fama
Paladín, trovador y caballero!

RODOLFO FIGUEROA.

MIS DESEOS

Yo quisiera sintiendo en mi rostro
Tu tibio, aromado, purísimo aliento,
Sorprender en tus ojos, ¡oh niña!
Tus sueños de dicha, tus castos secretos.

Yo quisiera, sintiendo en el alma
De tu alma de virgen los cándidos besos,
Que tus rayos, tus rayos divinos,
Cual rayos de aurora llenaran mi pecho.

Yo quisiera, mi bien, con tu aroma
Llenar de mi vida los tristes momentos,
Transformar en risueños celajes
Las tétricas sombras que enlutan mi cielo;

Confundir en ardiente suspiro,
Suspiro profundo, mi aliento y tu aliento,
Y en tus brazos quedarme dormido
Sintiendo en mis labios tus labios de fuego....

X.

VERSOS VIEJOS.

Todo lleno de luz y poesía.....
 Qué hermoso fué aquel día!
 Cuánto niveo fulgor en lontananza!
 Por todas partes el edén risueño!
 En la mente, el ensueño!
 Y en el alma oprimida, la esperanza!

El destello quemante de tus ojos
 Templaba los enojos
 Que tuve al golpe de mi suerte fiera,
 Y al contemplar tus délficos primores;
 A plácidos amores
 Se abrió mi corazón por vez primera.

Tú ¡más hermosa que la luz del día!
 Alma del alma mía,
 Grata escuchaste la canción del bardo,
 Canción que pronto se tornó en gemido,
 Cuando sintióse herido.
 De tu frialdad por el punzante dardo.

Con qué placer, en nuestro amor profundo,
 Cruzáramos el mundo
 Siempre llenos de dicha, siempre unidos
 Como dos hojas de la misma palma:
 Dos almas en una alma,
 Dos corazones en un ser fundidos!

¡Oh quiméricos goces de la mente!
 ¿Qué vale el fuego ardiente
 Que al par que quema, la existencia halaga,
 Si es tan solo el amor de las mujeres
 ¡Ay! como los placeres,
 Que se enciende, que brilla y que se apaga?

Triste de mí! tu corazón olvida
 Y en mi alma ensombrecida
 Que albergue fuera de pasión gigante,
 Queda tan solo, del amor ya muerto,
 Un fantasma, cubierto
 Por el crespón de tu maldad triunfante.

Más, todo acaba..... Y de mí fé tan pura
 No esperes la ternura
 Que á tus aras llevé..... Lloro, infelice!
 Que mi alma, al rudo golpe de sus penas,
 Ha roto las cadenas
 De ese funesto amor..... y te bendice!

EDUARDO MELO Y' ANDRADE.

CANCION.

A veces en mi sueño, como estrella
 Que surge en cielo obscurecido y triste,
 Aparece una imagen dulce y bella:
 Todo lo que no fuiste.

¡Ah! ¿por qué brotan con tenaz porfía
 Recuerdos tuyos que mi mente abruman?
 ¿Por qué llevo en el alma noche y día
 Rosas que no perfuman?

No se envanezca tu cerebro hueco
 Con fácil lauro que á ninguno asombra:
 ¡Yo confundí el sonido con el eco,
 Y el árbol con su sombra!

En la callada noche, cuando brilla
 Solitario el lucero, estonces vuela
 mi espíritu hacia tí, y en tu mejilla
 Posa el beso de amor que te desvela.

Despierto yo: riquísima fragancia
 El triste mundo de mi estancia llena:
 Es que vino tu espíritu á mi estancia
 Y en ella abrió sus alas de azucena.

VICTOR G. MANTILLA.

(Peruano)

Frons in mare.

A la muerte de la niña Amelia Aguayo.

Cada vida mortal es una hoja
 que el arbol guarda á Otoño amarillento.
 Cuando secas están, se agita el viento
 y al bramador torrente las arroja.

Mas ¿porqué de la tuya nos despoja,
 si era fronda que el aire tremulento
 acariciaba con sonoro acento,
 bajo una alba de Abril dorada y roja?

Del huracán al golpe furibundo,
 cayó la verde hojita en la corriente
 del manso río azul que desde el mundo,

en sus ondas clarísimas y bellas,
 la llevó cariñosa y blandamente
 hasta el sereno mar de las estrellas.....

MANUEL JOSÉ OTHÓN.

San Luis Potosí, Nbre. de 1897.

Preludios de invierno.

La parda bruma, en su girar incierto,
 cuelga su encaje y lánguida se mece,
 y está el trigal tan místico que parece
 tosco sudario cobijando á un muerto.

A los desnudos álamos del huerto
 se agarra el heno que en las ramas crece;
 y en la montaña sin verdor, fenece
 de las palomas que huyen, el concierto.

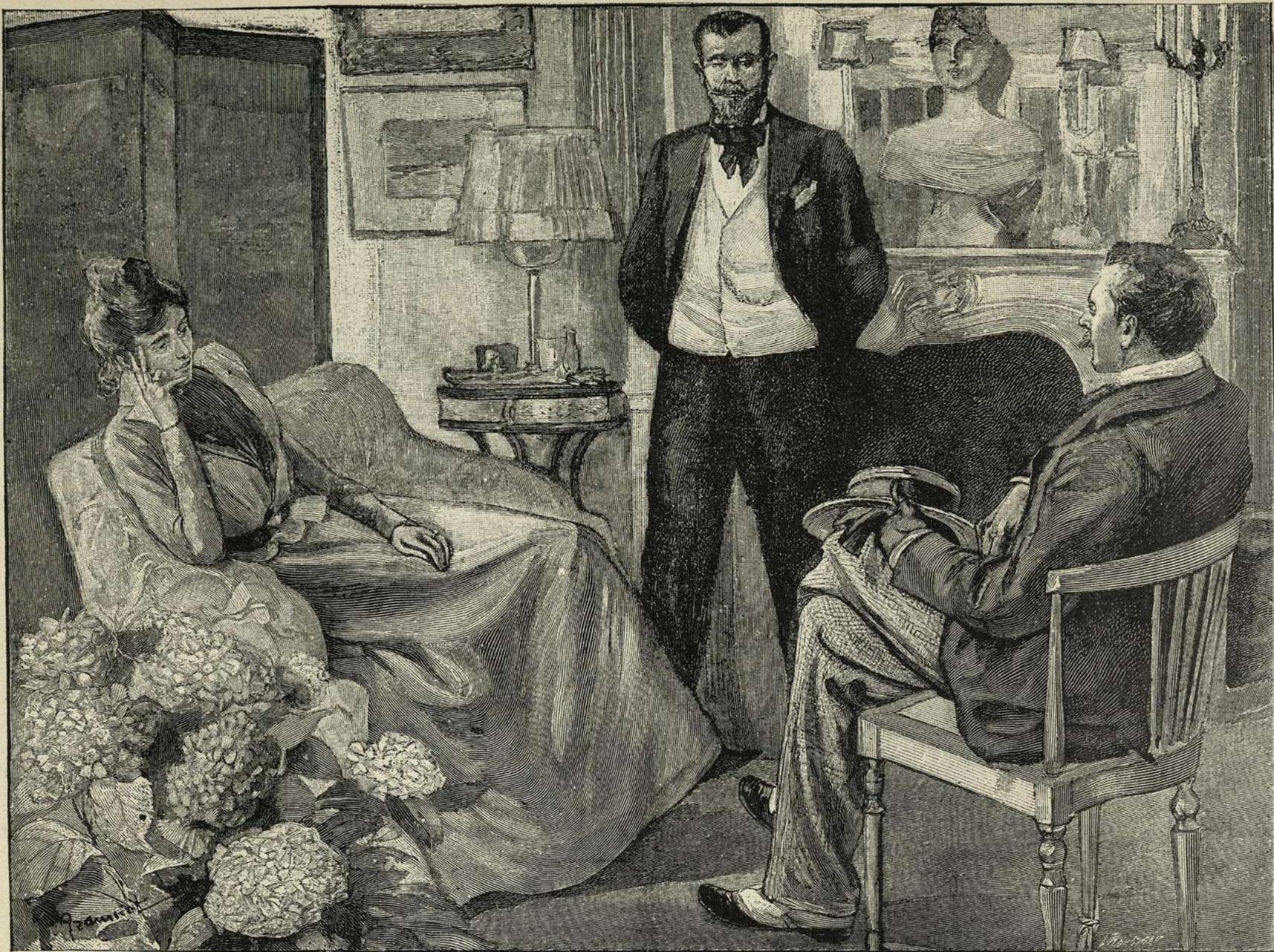
Aun quedan hojas verdes que prendidas
 en lo alto de los árboles, secreta
 canción sollozan por el ciérzo heridas:
 Mientras se arrastran en corriente inquieta
 las que ya se han secado, las caídas....
 ¡las ilusiones que lloró el poeta!

FRANCISCO DE A. CASTRO



EL MEDIO DIA

(Véase el artículo «Nuestros Grabados.»)



LOS MAS FUERTES

POR GEORGES CLEMENCEAU—ILUSTRACIONES GRABADAS EN NUESTROS TALLERES.

Número 2

Nada tengo que ver en eso, respondía el viejo avaro: Enrique más tarde, rescatará ó no; eso es negocio suyo. Ahora esas conversaciones revivieron en la memoria de Enrique.

—Señora de Tremblayes, tía mía, exclamó impetuosamente, rojo de indignación: habla usted en justicia. Es preciso devolver, restituir, rescatar.—Si hubiere algo que decir contra mi abuelo Panetier, no quiero su dinero, ni los bienes nacionalizados.—Yo los rehusó!

La viejecita saltó en su sillón como si la hubiera picado una víbora.

—¿Qué locura es esa, sobrino de que nos hablas? Por enojosa que sea la desigual alianza de tu padre, debe excusarse por el deber que tenía de volver á los Puymaufrey su rango en el mundo. Ignoro qué cuentos te hayan hecho respecto al Señor Panetier (de Vertou) á quien conocí en su ancianidad y que era un hombre temeroso de Dios. Harás sin embargo lo que quieras, sin olvidar que no tienes otros medios de llenar tus deberes de gentilhombre cristiano, que los que te vienen de la fortuna de tu abuelo. La Iglesia aclarará tu conciencia sobre el particular. A lo que me he querido referir en un principio, es al deplorado y deplorable error cometido por tu abuelo paterno Juan de Puymaufrey que no vaciló en permanecer aquí en su castillo durante la revolución de Robespierre y Marat, dando así al asesinato del Rey, á las persecuciones de los sacerdotes y á las sangrientas violencias del Terror, la legitimidad que resultaba de su presencia. ¿Cómo no comprendió que su lugar estaba en la primera fila de los que, en torno al estandarte del derecho, luchaban noblemente por reconquistar la Francia? Pero en vez de eso... ay! vivió durante todo el execrable y sangriento período aquí, en medio de los Jacobinos, cediendo las campanas del castillo para que se fundieran cañones contra nosotros, permitiendo que sus tierras fueran entregadas al pillaje, tomando parte en las llamadas fiestas de

los patriotas que ni aun pretendieron guillotinarlo. ¿Qué opinas de eso? Otros que de pronto habían caído en las necesidades de esos días, los Rochefoucauld, los Montmorency, los Lameth, se arrepintieron luego y abjuraron de sus errores; mientras que él después de haber tolerado la revolución, no vaciló en aceptar yo no sé qué funciones del usurpador, hasta el día en que Luis el deseado le relevó de esta indignidad por la gracia de su investidura.

Enrique respiró.

—Ya sabes todo ahora, agregó la señora de las Tremblayes, y no dudo que compartes mi justa cólera. De consiguiente, un acto de reparación te lo imponen estos recuerdos; y como no puedes servir al trono porque el Rey de Francia está en el destierro, te corresponde servir á Dios en la persona de Su Santidad el Papa, que se ha mostrado tan grande en la amarga prueba de Castelfidardo. Como nos hemos anticipado á tus deseos, ya te conseguimos una plaza de zuavo; y aquí tienes tus cartas de introducción y una de crédito para el Banco. Mañana te pones en camino.

Enrique no vió desde luego mas que una cosa, y era que se le sacaba del Colegio de Poitiers. Por otra parte; lo desconocido era una tentación para su juventud.

—Estoy dispuesto, dijo sencillamente. Un murmullo halagador acogió estas palabras y un pariente vino á estrechar la mano del héroe.

Al día siguiente estaba en camino. Partió alegremente y se despidió ¡ingrato! sin pena, de Naneta á quien ya no debía volver á ver.

Como no se había preparado para comprender á Roma no se sorprendió ante sus grandezas que estaban mudas para él. Lo poco que sabía de antigüedades le parecía que no conjugaba con aquellas piedras amarillentas cuyo sentido histórico se le escapaba. Comprendió sí que aquello había sido la cuna de un gran dominio universal heredado por la Iglesia, y la religión le hubiera parecido

más grande si no hubiera visto tan de cerca el Vaticano. No inspiraba en efecto sentimientos de piedad ver á Monseñor Mérode, Cardenal Ministro de la Guerra, haciéndose atravesar sobre el lomo de una mula, para probar camillas de ambulancia. La misa de la Capilla Sixtina le pareció muy bella, pero en contrasentido con la monstruosa humanidad pintada en las bóvedas por Miguel Angel.

En el Regimiento de zuavos, había una confusión atroz. Junto á un lote de charlatanes de todos los países, había hijos de familia Irlandeses, canadienses y belgas, llevados por el entusiasmo religioso. Aquí y allá solían cruzarse algunos tiros contra los *Islamitas* que decía Lamorciere, pero sobraba tiempo para gozar, y las bellas romanas no se mostraban excesivamente severas con los jóvenes franceses á quienes recibían alegremente.

Enrique fué arrancado á estas distracciones por la carta en que se le participaba la muerte de la vieja Naneta. Sus últimas palabras habían sido para recomendar á su hija que estimara mucho á Enrique, velara sobre él y le protegiera. La joven campesina, cuyo socorro podía entonces parecer superfluo, hizo llorando la promesa. Más tarde ese socorro ¡ay! tuvo que emplearse con frecuencia.

Enrique lloró algunos días á su buena nodriza y luego la vida de cuartel le llamó nuevamente hasta el día en que cansado de cuatro años en Roma, volvió á París y presentó en las fiestas imperiales un Puymaufrey desencantado, escéptico y batallador. Cuando se le hablaba de los zuavos romanos decía:

—Puedo asegurar que hay quienes creen que existen y hasta quienes digan que los han visto. Y callaba que había sido de la clase, y su sonrisa burlona ponía término á la cuestión.

¿Qué habría podido hacer en París Enrique si no lo que hacía entonces la regocijada juventud? En seis años, los bienes nacionales del abuelo Pa-

netier habían sido restituidos como deseaba el Abad, pero no más que no en forma de donaciones piadosas, sino que volvieron al seno de la nación misma por el intermedio de ciertas damas de Teatro y demundo, de Jockeys, comerciantes y usureros cuya misión benéfica es impedir la excesiva acumulación de capitales.

Esta tarea de equilibrio social á que colaboran galantemente todos los parásitos del gran mundo, fué resultado natural de una vida en que siempre estuvieron cerradas todas las corrientes de actividad productiva. Vivir para su dinero le parecía á Puymaufray la simpleza más redonda, y no había destino especial para el que lo hubieran preparado á él los que estuvieron cuidándole su dinero. ¿Cuál uso de sus potencias personales habría podido acrecentar la fuerza social de sus riquezas? Ninguno: y se conformaba con prodigarse en el vacío, comer, beber y correr en pos de todos esos placeres que ponen en claro el organismo.

Con esto no se sobrepasa mucho del nivel de las bestias; pero sin pensar ni aun en que tenía la posibilidad de elegir, Enrique entró con la cabeza inclinada por la senda de los placeres vulgares. No aprendió es verdad en esta empresa á estimarse á sí mismo, pero se consoló más ó menos aprendiendo á despreciar á sus contemporáneos y á sus contemporáneas. Las tierras hipotéticas vendidas apesar de las protestas de Naneta 2ª desaparecían sin dejarle un sentimiento de pena. Sin embargo, la amarga ironía de sus frases dejaba adivinar un gran desengaño de la vida y un agrio descontento de sí mismo.

Estaba casi arruinado y á punto de comenzar á dirigir miradas discretas á las jóvenes herederas yankees que andan á caza de marquesados, cuando en los momentos más álgidos de su desprecio por las mujeres, se sintió arrebatar por un huracán de pasión que le arrastra, le pulveriza y forma de su ser una masa nueva por virtud del sufrimiento, brotando al fin el hombre que por una educación atrofiadora y un medio ambiente mal sano, había estado soterrado en las profundidades del espíritu.

En el Hipódromo, Enrique se encontró un día con Domingo Harlé antiguo discípulo de Poitiers, que terminada su carrera acababa de fundar en Santa Radegunda, cerca del Castillo de Puymaufray una fábrica de papel. Nunca habían simpaticizado mucho los dos jóvenes porque Harlé era un *machaca*, un espíritu estudioso y lento, notablemente dotado para las matemáticas y que era orgullo de los Padres Jesuitas, en tanto que el otro, rebelde á la instrucción, estaba papando moscas y con la mente sumida en los recuerdos de Nanta y el Abad y de los placeres del campo.

La vecindad del Castillo y la fábrica separados solamente por diez kilómetros, debía necesariamente aproximar algún día al ocioso castellano desdeñador de riquezas que acababa de echar por la ventana, y al trabajador utilitario que hallaba en la amistad de Puymaufray un valor nominal que acrecía su crédito. Estos dos hombres, tan alejados al principio, se hicieron súbitamente amigos por el común sentimiento de una suerte de predestinación, y cubrieron con rápidas confianzas el vacío de su separación, desde las aulas de Poitiers hasta las tribunas de Longchamps. —Un primo lejano de Harlé, canónigo de Tours que tenía crédito en el arzobispado, le había conseguido los capitales necesarios; y los Padres Jesuitas que no perdían de vista á un alumno de tal calidad, lo habían casado ricamente según su propio relato.

Desgraciadamente, añadió, los Padres no podían preveer la quiebra del Banco Católico del Canadá, causada por maniobras fraudulentas de los judíos de Lóndres y París, y yo no llegué ni á ver un céntimo de los cien mil francos de renta que me debían haber sido pagados. Mi suegro murió de tristeza después de penosas explicaciones entre nosotros, mi mujer se ha vuelto adusta, discolorada, insoportable, y yo he procurado conformarme; y como la vida no es nada atractiva en Santa Radegunda, vengo con frecuencia á París á buscar el reposo del trabajo y el olvido de los afanes abrumadores.

Ese día Domingo pudo, con ayuda del Marqués olvidar á satisfacción los disgustos en una bella compañía. El Parisiense estragado, hastiado de París, notó que casi se divertía ante las ansiedades de vicio que espoleaban á aquel provinciano que rompía regocijado sus cadenas. Pero esta diversion fugaz no le quitaba la repugnancia creciente que le causaban esas invariables ale-

grías en que había gastado su vida. Eterno comenzar á las mismas horas, en los mismos lugares, diciendo y oyendo iguales palabras, convencionales, viendo idénticas genuflexiones y forzadas en la monotonía inagotable de las mismas personas, entregadas á los mismos simulacros de placeres que se vuelven odiosas para quien con el instinto abierto á alegrías superiores, está en incapacidad de esfuerzos diferentes, porque tiene gastados los resortes de la energía. El linglé en ese caso para buscar sensaciones nuevas, viaja ó se suicida. El alemán se embriaga entre los jarrones de cerveza y las nubes de humo. El francés, brillante concha vacía, permanece inerte, juguete de los elementos, con la pasividad de las descomposiciones lentas. Es en verdad melancólico espectáculo, esta barahunda parisiense de policroma envoltura y que no lleva nada en el interior; la forman las gentes empujadas por la casualidad, agitadas por movimientos mecánicos que simulan la ilusión de la vida, con sensaciones gastadas, sentimientos marchitos, ideas muertas. . . . el brillo de la apariencia, el prestigio de la mentira!

Puymaufray impasible se dejaba llevar de la corriente. Harlé para quien todo era sorpresa, gozaba como un colegial; y sus admiraciones distraían algo á su hastiado amigo y se repetía la misma comedia siempre, variando solamente los actores secundarios.

Habiendo ido Enrique alguna vez á Sta. Radegunda para firmar con el notario unas actas de venta, Harlé lo invitó á almorzar en su casa. La señora le llamó la atención, menos por la fría corrección de sus facciones, que por su altiva melancolía de reina destronada. ¿Adusta, discolorada había dicho su marido? Pues no tenía nada de eso. Más bien parecía que la catástrofe de que Enrique tenía conocimiento, había dejado en esta alma despedazada la impresión de una desgracia irreparable. Sin embargo, por cruel que sea una pérdida de dinero, no deja expresión de amargura tan intensa en los labios de una joven. La muerte de un padre amado, deja abatimiento profundo, pero sin esos estremecimientos de rebeldía comprimida. La voz trémula, como quebrada, sonaba dolorosamente y su sonrisa amable y cortés con el reciénvenido, envolvía en dulzuras la armoniosa actividad de una gracia dominadora. Esbelta, pura, bella con una belleza sin vida, cabeza erguida é imperiosa bajo su corona de cabellos rubios, Clara Harlé, en la sencillez de una vencida imponente, despistaba todas las observaciones que sobre su carácter pudieran aventurarse. ¿Qué se podía leer en las limpideces de sus ojos verdes con rayitas de oro? La investigación de Puymaufray se embotaba ante esos espejos impenetrables que recibían y guardaban sus miradas, sin devolvérselas.

La conversación giró sobre banalidades, forzada y embarazosa. El Parisiense se encontraba cohibido, sin espiritualismo, sin esa palabra insinuante que trae la confianza y la animación. Solamente el provinciano, todavía enardecido de su viaje á París peroraba con ruidosa alegría, y declaraba que no tenía en el mundo más que un objeto: su fábrica, que después de algunas alternativas empezaba ya á prosperar. Expuso luego sus grandes proyectos para el porvenir, fatigando con su charla la indiferencia de Puymaufray, y dijo después de una larga pausa.

—Todo eso estaría hecho ya, á no ser por la imbecilidad de . . . quienes de un golpe me cortaron los brazos y las piernas.

Tan brutal evocación del recuerdo de las desdichas de su padre, no produjo en la señora de Harlé un gesto de sorpresa, y solamente un relámpago de rubor le coloreó las mejillas. Luego dejó el salón como para ir á dar una orden y no volvió á presentarse.

—Así sucede siempre, exclamó Domingo aliviado al parecer con esta partida. Escenas mudas, farsas de martirio, y querría que se me dijera quién es la víctima entre nosotros dos. ¿Cómo encontrar libertad de espíritu, energía de pensamiento para el combate del día, cuando siento siempre contrariado mi esfuerzo por las recriminaciones y provocaciones de una neurótica?

—Pero ¿no eres tú? indicó tímidamente Enrique quien recriminas fuera de oportunidad y sin utilidad alguna posible?

—Eso mismo es lo que ella dice, pero tu deberías sin embargo comprenderme mejor. ¿Que esperaba yo de mi matrimonio? Lo que todo el mundo: una mejoría de situación personal. ¿Qué encontré? Disminución de mis comodidades y fuer-

zas por el aumento de trabajo. Esto no es culpa solamente de esa mujer, convengo en ello, y tengo bastante educación para reprocharle siempre la honra de su padre y la falta (muy poco honrada por cierto) al cumplimiento de compromisos suscritos ante un notario. Pero ¿que soy yo después de todo sino el conductor de un ejército industrial, un jefe que lanza con sus tropas diariamente el honor y la vida á los riesgos del incesante combate? Yo estoy aquí en plena brega, obligado á veces á resoluciones violentas á actos irreparables. ¿Cómo he de haber podido conservar la plena posesión de mí mismo, y apaciguar la exaltación de mis nervios, cuando en lo más fuerte de la acción se me escaparon los elementos decisivos, precisamente los que más hábilmente había preparado en el orden inteligente de las previsiones humanas? Reprimir en sus circunstancias un grito destemplado, una rudeza en la acción, será conducta de ángel pero no del Capitán de guerra que estoy orgulloso de sentir en mí. Puymaufray no decía nada mirando al luchador violento, implacable bajo obsesión del fin y le parecía explicable al fin si no digna de excusa la expresión extraña que creyó sorprender en el brillo lúgubre de los ojos verdes de la señora de Harlé.

Harlé con sus cabellos cortados á peine, muy negros con su barba recta, descubriendo la energía de unas facciones duras, gestos imperiosos, palabra vibrante, era un verdadero jefe en la poesía feroz de la acción. Su mujer, pensaba Enrique, es de otro mundo de sensaciones y de sugestiones, motivo en que se apoyan y fundan las desgracias todas del matrimonio.

—Sin duda que debe pensarse en tí, aventuró tímidamente, pero también existe tu mujer que, como tú mismo, tiene derecho al pleno desarrollo de su vida.

—Mi mujer! Yo buscaba en ella un punto de apoyo que desapareció con su dote, y no me queda más que la carga de la mujer inútil, pesada con el petardo de que no llenó su función y con el resentimiento que me conserva por las faltas que según ella cometí al rescatar de la culpable impresión de los suyos algo que me correspondía.

—Pero tienes hogar.

—Sí. Eso está bueno para que lo digan los solteros. Cántame las delicias del hogar. Ven; mira esa enorme chimenea que casi llega á las nubes. Ese es mi hogar: por darle vida entregué lo mejor de mi ser á una mujer que lo desprecia y lo destruye.

Al día siguiente Enrique se dejó persuadir por Naneta de que el castillo tenía necesidad de reparaciones urgentes y que estas deberían hacerse con la sobrevigilancia del dueño, y se instaló en Puymaufray considerándose obligado á reorganizar cuidadosamente algunos otros trabajos que caminaban con lentitud.

Como debe suponerse, siempre estaba listo para franquear la corta distancia que le separaba de Santa Radegunda. La fabricación del papel le interesaba, ó más bien Clara Harlé que después de simulacros de indiferencia seguidos de infructuosos esfuerzos de desdén se apaciguó lentamente y terminó por rendirse á los encantos de un corazón sinceramente subyugado, corazón que sentía con regocijadas palpitaciones la atracción de un dolor innecesario, dolor que ardía en el célico mirar de unos ojos verdes, dolor que gemía en las vibraciones de una voz armoniosa, y siente la atracción y no quiso ni soñó nada más. Sorprendido de sí mismo, feliz de probar una nueva voluptuosidad, se entregó impetuosamente á esa fuerza desconocida que poniendo en vergonzosa fuga todo su arte de seducir, lo dejaba sin mas armas que las de la verdad.

En el estruendo de la fábrica ó en el silencio de los campos, Clara le entretenía con largas conversaciones, estupefacta de sentirse otra, presintiendo un mundo de nuevo del cual tenía las llaves su nuevo amigo. Domingo al principio quiso tomar parte en sus paseos, pero la fábrica no lo dejaba; y por otra parte sentía cansancio inconsciente al seguir á este par de soñadores por las revueltas del campo.

—¿Quién habría pensado, decía á Enrique, que la vida agitada de París acabaría por transformarte en un poeta selvático? Ese es el castigo de la ociosidad. En lugar de caer en éxtasis frente á una encina, penetra en la actividad viva del mundo, descubrete los brazos como obrero, emplea tu fuerza de voluntad contra los elementos, enreda en rollos de papel ese árbol cuya sombra es

perjudicial á las cosechas, eleva á tus labradores ignorantes á la altura de tus concepciones industriales, aumenta á los elementos para la nutrición de los hombres, y eso valdrá más que el profundo sentido de las más bellas frases.

—Es verdad que he derrochado tontamente mi vida que pudo ser útil y bella, á lo menos por los medios de acción que me había dado la casualidad. Solamente que la acción que tú comprendes no es la única que existe, y tu papel nada valdría si no se le pusiera al servicio de las ideas. Tú eres un agente en vez de un causante, y estos éxtasis que te dan risa, son los que motivan y justifican el desarrollo de tu actividad. De la idea vienen cada día las sensaciones que mueven á los hombres; y el mismo fabricante de papel, tú lo has dicho, tiene un sentimiento de arte que lo impulsa.

—¿De la gran vida de París, como dice Mr. Harle, es de donde ha sacado usted todas esas filosofías?

—No, señora, las encontré aquí. . . demasiado tarde. Había vivido estúpidamente de los recuerdos de las proezas de mi raza, triste despojo de esplendores pasados y grandezas desaparecidas; tengo ya cuarenta años y lo poco que me queda ya de fuerza, no tendrá empleo alguno por culpa mía. El único placer que he probado, ha sido arriesgar por la patria mi inútil existencia; pero las sociedades viven hoy de la paz y no de la guerra, y no se halla qué hacer de aquellos que no sirven más que para morir. Perdidas mi juventud y mi fortuna en insípidas y brillantes necedades, regreso aquí; y la tierra en que de niño me desperté campesino, me vuelve á encontrar campesino; y el espectáculo sano de la labor honesta no se qué de vida benéfica me da, y por lo menos, el conocimiento de lo que no supe hacer.

—Y la verdad es que tales pensamientos le venían por la vez primera, bajo la luz de una mirada que francamente le iluminaba la conciencia. No decía nada pero una gratitud sincera por el alma virgen y feliz que nacía en él, se revelaba en las inflexiones de su voz, en señales imperceptibles que avisaban sin saberlo, á la joven, los avances de su obra.

Las instintivas desconfianzas iban desapareciendo con rapidez; Clara entregaba á Enrique algo del dominio celosamente guardado en que ocultaba bajo enigmática sonrisa el dolor de sus arranques de vivir reprimidos de un modo salvaje, y llegaba al desahogo de las confidencias. Le hablaba de su juventud insubstancial en el encierro del convento donde se elabora con discreta obstinación una perfecta ignorancia de la vida, le hablaba de su madre enferma, de su padre entregado á los negocios, y le hablaba en fin de su matrimonio á los diez y nueve años de edad, aceptado con alegría porque todos le hacían la enérgica afirmación de que en eso estaba su felicidad.

Nuestros más crueles enemigos, agregaba, obrarían con refinamiento de crueldad para dañarnos, del mismo modo que obran nuestros padres amorosos creyendo favorecernos. Cuando paso en revista las mentiras de familia y de escuela con que se nos falsea el espíritu y se nos embauca el corazón, admiro que nuestra llamada virtud pueda dejarnos en el fondo partículas desinceridad, de probidad verdadera con relación á nosotras mismas y á los demás. ¿Cuáles serán nuestros pensamientos y nuestras acciones, cuando al primer contacto con el mundo los velos bruscaamente desgarrados hacen aparecer en su desnudez las falacias del cielo y de la tierra? Dígame usted ¿donde se vé, donde se realiza eso que se nos dice, que se nos enseña respecto de la familia y de la sociedad?

En lugar de las dulzuras y bellezas prometidas, no resulta más que un campo de batalla donde triunfa el capricho del más fuerte. Yo sé que hay reparaciones y recompensas celestes. Todo el mundo lo dice y algunos hasta lo creen. Dígame usted ¿quién, fuera de los aparatos de virtud convencionales, conforma sinceramente su conducta con estas santas y honradas creencias?

—No lo intentaré: pero si debo decirle, que todo ese mundo malévolo de que es usted víctima, le deja un refugio bastante bueno en su propio corazón. Actos brutales han abrumado á usted.

¿No hallará usted una revancha en la conciencia intangible de un sentimiento

superior á todo lo que le han arrebatado? Y si le fuere á usted dable hallar un corazón en donde verter el suyo; si la fuerza de usted se duplica en potencia vital, no piensa usted que de sus desdichas puede salir una alegría terrenal comparable con las venturanzas divinas?

Así es como habría yo comprendido el matrimonio. La fusión de dos vidas en un solo ser; pero la sociedad y la familia tienen otros fines, pero este mundo no es un museo donde se admiran los cuadros sin preocuparse de los marcos. Mi dinero y yo estábamos remachados juntos, y como hubo atracción entre el dinero del Sr. Harlé y el mío, bastó con esto para que yo me viniera adherida. Lo malo está en que un día el dinero se evaporó y sola la mujer ha quedado frente á frente del amo irritado que Ud. conoce. Después de un año de diversiones frívolas mi marido que al principio era solícito y atento, arroja la máscara de improviso: ya no tenía que cobrar. La violencia hasta allí contenida estalló súbitamente en invectivas, en reproches groseros á mi padre que murió de desesperación. Esa es la vida que comenzó para mí. . . á los veinte años: hoy tengo veinticinco y soy más vieja que Ud.

—No, porque está Ud. en plena rebelión de juventud. ¿Y qué, piensa Ud. que de todos estos males no le deban traer algún bien? Sin la catástrofe habría Ud. seguido en la vida de placeres mundanos que debieron serle gratos. ¿Qué habría sido de Ud? Yo quisiera poder enseñarle lo que esa vida ha hecho con otras. El sufrimiento le ha dado á Ud. que tiene una alma.

—¿Y para qué? Para sufrir un poco más. Eso es todo. Y lo que llama Ud. mi rebelión, palabras y nomás palabras. En realidad he adquirido la inercia y la corriente me lleva.

—Quien sabe si la prueba esté próxima á su fin.

—Oh! Ya comprendo. Allí está Ud. He hablado más de lo que debía. . . Bien sabe Ud. que yo no tengo salida. No estoy organizada para la mentira. Ud. no podría ofrecerme más que un cambio de desdicha.

Siempre que un pensamiento venía á estrellarse contra el obstáculo invencible, Enrique se decía:

—Imposible! esto no será nunca:

Y Clara pensaba:

—El mundo que me derribó del primer golpe no quiere que yo me levante. Pero luego, en lo profundo de su alma, una voz preguntaba: ¿Y por qué?

Ay! la infeliz no podía decirlo todo; no podía confiar las peores torturas, el horror de las vilezas conyugales, fuente inagotada de vergüenza y odio. Enrique sabía bastante. La esperanza feliz de auxiliarla, prestaba cierta dulzura á lo más cruel de las dolorosas confidencias. Por el temor de alejar el consuelo en que cifraba su vida, le había venido una gran timidez. En otros

tiempos decía que los más bellos momentos del amor era cuando se subía la escalera. ¿Estaba enamorado ahora? ¿Qué nombre dar á este impetuoso arrebato que, lejos de darle la suprema alegría en el camino de Santa Radeguna, le desesperaba hasta el martirio! Cómo engañarse respecto al sentimiento más claro? Amaba y no ansiaba nada más allá de las delicias de su amor. Esto mismo le ocultaba el peligro y engañaba á los dos con falsas seguridades hasta el abandono extremo de sus corazones.

En cuanto á Clara, acabó por no combatir consigo misma, contenta de sentir que su alma se había entregado. Insensiblemente se dejaban deslizar y hablaban á corazón libre, de amistad y de amor, sin reticencias, no queriendo ni pudiendo reprimirse, sin preocuparse de saber qué haría de ellos el sentimiento soberano. ¿Qué importa el nombre de un sentimiento? Las consecuencias no los espantaban, pues habían decidido cada uno en el fondo de su alma que vivirían castamente, juntos, unidos por un amor tan sublime como no hay en la tierra. Y así se lo dijeron una tarde en voz muy baja, orgullosos y de sufrimientos y voluptuosidades tan elevados, de su ascensión á los cielos: pero cuando despertaron del éxtasis la tierra había recobrado sus derechos y ellos habían dejado de ser amantes místicos.

Justificados por lo irresistible, no se asombraron de este resultado y desde entonces no volvieron á formarse propósitos, abandonándose completamente al destino que parecía haberlos tomado bajo su protección.

¿La felicidad será el talismán de los cuentos orientales que hace invisible á su poseedor? Los desgraciados se alivian exhibiendo sus miserias. La suprema dicha se substrahe á las miradas, sin cuidarse del mundo indiferente, que no puede subir hasta la admiración del milagro. Pero la ley social, ha establecido rígidamente las formas en que se debe ser feliz.

Clara y Enrique en su delirio olvidaron todo. La cuestión de saber cómo romperían con la hipocresía para ser francamente el uno del otro, no se les impuso de pronto. Domingo absorbido por la batalla industrial que asumía una forma palpitante, estaba entregado por completo á su fábrica. Siempre listo á los arrebatos y á los reproches, se sintió calmado ante la indiferencia de su mujer. Sintió vagamente en torno suyo como una atmósfera de paz, y refirió la causa á la influencia de su amigo á quien vió con placer que se había venido á establecer definitivamente en Puy-Maufray, en donde unas doce mil libras de renta salvadas del naufragio, le aseguraban una modesta vida de gentil hombre campesino.

Continuará.



PAGINAS DE LA MODA.



Traje de Mañana.



Figura 1.

TRAJES PARA BAILE

Figura 2.

Figura 3

BREVIARIO DE LA MUJER ELEGANTE

El verdadero chic.

El chic, esa palabra que no se encuentra en el diccionario de la Academia, es una locución esencialmente parisiense; palabra y cosa, podríamos decir que es artículo de París y que no se encuentran más que en París.

El chic es lo pintoresco, lo gallardo, lo coqueto y lo sorprendido. Es á la vez pintoresco y embelesador y atractivo en el más alto grado. La mucca parisiense se presta al chic, al peinado despeluzado, al sombrero aereo que no adorna más que un solo lazo; pero este lazo es todo un poema. A falta del lazo; la flor ó la pluma tan coquetamente puestas, que atraen la atención y provocan la mirada.

Por el chic se designa también el gusto supremo: «Es chic,» es decir, es grandemente bello, es eminentemente elegante. Sin embargo, la primera acepción es la verdadera.

El chic se improvisa, pero no se enseña. Se nace con ese genio particular esencialmente original. Ciertas mujeres, hagan lo que quieran, jamás tendrán chic: no solamente la naturaleza de su espíritu no se presta á ello, sino que



Collet.—delantero y espalda.

toda su persona es una antitesis del chic, que comprende siempre algo de sorpresa, algo de imprevisto, algo de inédito.

Se puede tener mucho chic y carecer absolutamente de distinción. Ahora bien, la distinción, he aquí lo que puede aprenderse y lo que vamos á tratar de enseñar á nuestras queridas lectoras.

No hay verdadera elegancia sin distinción y todas las mujeres pueden llegar á la distinción que es la elegancia de quienes no son ricos.

La distincion

La distinción es la mesura perfecta, la gracia noble, el color atenuado y mate. Nuestras modas actuales, sencillas en sus líneas, sobrias en sus aplicaciones, se prestan admirablemente á esta distinción pero se necesita todavía, para que haya elegancia que esta sencillez no llegue hasta la ceguera y hasta la insignificancia.

Son horribles esos adornos, esas aplicaciones exageradas que abrumaban nuestras ropas hace algunos años y que nunca tendrán la elegancia de nuestros actuales trajes, perfectamente unidos. El abrigo que dibuja perfectamente las formas poco esculturales á veces, con esos largos pliegues de atrás, sin una ondulación, sin un ornato, no realiza para nosotros el ideal de la gracia. Ese aplanamiento exagerado en el sitio en que en otro tiempo surgían desgraciadamente por lo demás, los enormes polizones, nada tiene de hermoso porque modifica poco hábilmente á la naturaleza. Una mujer que desnuda estuviese constituida así, no proporcionaría el tipo de la belleza perfecta aun sería deforme. Así pues, la exageración, sobre todo en ciertas caras modas, es absolutamente contraria á la distinción.

Desde luego, estableceremos estas premisas.

La primera ley de la verdadera elegancia, es no apartarse de la armonía que es la condición absoluta de la belleza, así en la línea y en la forma como en todos los colores, y en consecuencia seguir tanto como sea posible en el traje las líneas naturales del cuerpo.

Ejemplos:

Ahora la moda de las mangas abullonadas y de globo es ya inaceptable

mas la mujer que sabe mitigar esta moda, será verdaderamente distinguida.

El peinado igualmente no debe presentar un gran volumen, ni más altura que anchura: conservará aproximadamente la forma de la cabeza ó cuando menos esta deberá sentirse adornada bajo de él.

TRAJE PARA NIÑO DE 10 Á 11 AÑOS.

Este trajecito de diagonal marrón, se compone de pantalón ajaretado y blusa de marinero con su chaleco y plastrón. El chaleco es de raso con silecia

COLLET (DELANTERO Y ESPALDA.)

Este precioso collet está hecho de paño blanco con bordados de trencilla de seda blanca y guarnecido el cuello y delanteros con piel de angora blanca.

ABRIGO PARA NIÑAS DE OCHO Á DIEZ AÑOS DELANTERO Y ESPALDA.

Este es un lindísimo abrigo de un género labrado de fondo rojo guarnecido de un gran cuello forrado de terciopelo negro y rodeado de mongolina negra. La espalda forma saco y monta sobre un canezú liso, recogéndose en el talle bajo una *pata* abotonada para sujetarlo. El delantero que forma tres pliegues huecos se cierra bajo el pliegue de enmedio. Mangas lisas recogidas por ancho puño de terciopelo. Cuello ensanchado circundado también de mongolina.

TRAJES PARA BAILE.

El primero de nuestros grabados es de una primorosa salida de baile, de piel de seda roja, una banda en forma de pico chiffonet cae la sobre la berta de ancho volante. Un lazo de nipsis blanco adorna el cuello.

El segundo es de un exquisito gusto, de muselina de seda rameada amarillo muy claro con los reflejos del espumoso champagne sobre un fondo de seda algo más vivo. El cuerpo escotado está adornado en el delantero con dos bandas de tafetán blanco drapeadas. Sobre una de estas bandas descansan dos grandes lazos de listón negro. Cinturón del mismo listón. Las mangas están formadas por un volante de tafetán muy recogido y orlado todo con plissé muy fino negro y blanco.

3—El tercero es un traje de nipsis blanco marfil, con corta cola y largas mangas cerradas; en el cuerpo



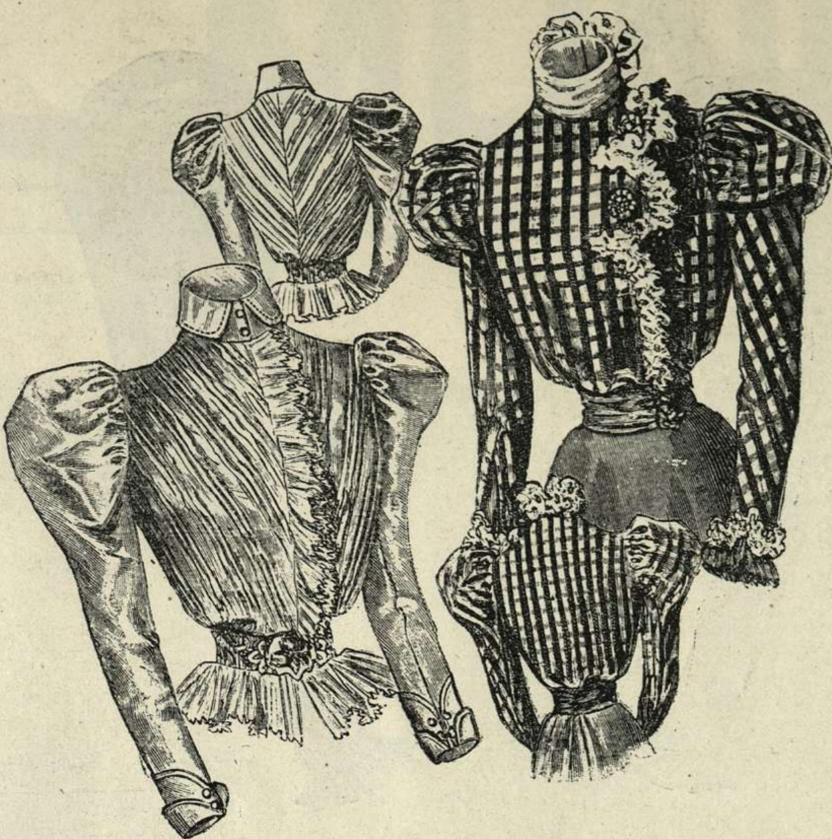
Abrigo para niña de 8 á 9 años

Hay un pequeño jaquette figaro de color, con aplicaciones de bordado de encaje. El jaquette tiene una espaldeta cubierta con encajes alternados con doble chiffonet y rodeados con punto de niño para fijar el terciopelo. Una banda de chiffonet ancho está sujeta cerca del cuello y cae en el delantero formando una gran corbata. Las mangas tienen tres volantes de chiffonet.

DOS BLUSAS DELANTERO Y ESPALDA.

1.—Esta es de tafetán verde luz, está plegada diagonalmente en grupos de alforzas y tiene un cuello vuelta con chorrera que cae hasta el talle. Cinturón de galón de oro con hebilla.

2.—Esta segunda es de terciopelo á cuadros verde y blanco. El frente está cortado en ondas que caen una sobre otra sujeta por un botón de fantasía, orlada con doble puf de chiffon blanco y forrada de tafetán verde: El cuello es de chiffon blanco y el cinturón de tafetán verde.



Dos blusas.—Delantero y espalda

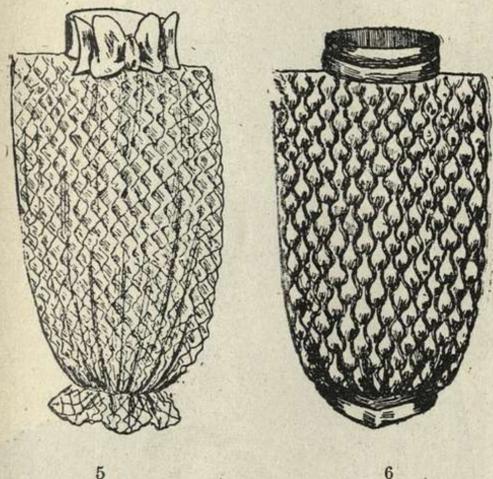
DIFERENTES GÉNEROS DE PLISSÉ.

La moda del plissé lejos delanguidecer, se generaliza cada día con mayores ventajas.

Para contestar á las súplicas de nuestras lectoras que nos han pedido una explicación acerca de la manera de ejecutar los plissés, contestamos hoy, haciéndoles ver algunos modelos, sobre los que hablaremos.

El plissé Walleau comprende diferentes hechuras tan encantadoras unas como otras, y en los modelos que hoy damos verán nuestras amables lectoras los diversos empleos que puede dárseles.

Nuestro número 1 representa una enagua concluida. Para ejecutarla se dispone



5

6

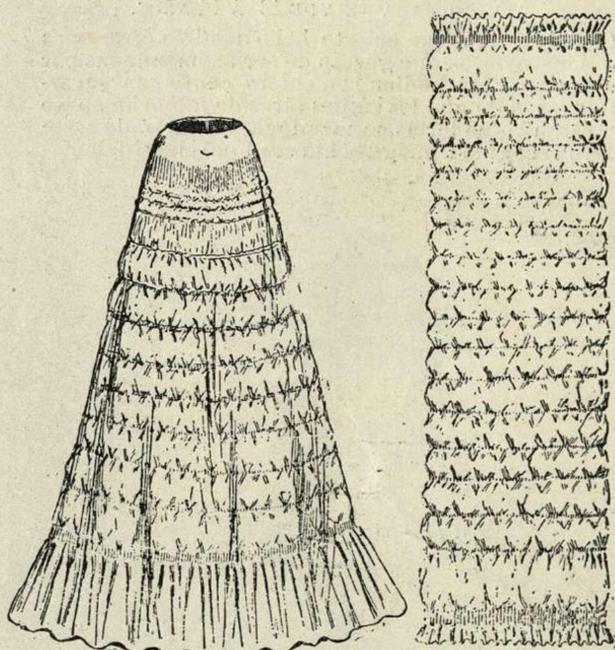
la enagua con doble anchura de la que debe sacar y sobre una pretina lisa se pliega muy fino, haciendo que este pliegue descienda por medio de hebras, más de cinco centímetros: luego se deja un espacio sin rayar, y vuelven á tomarse los pliegues sujetos con dos ó tres hebras hasta terminar con un volante.

Bajo el mismo procedimiento se ejecuta el número 2 que sirve con preferencia para blusas. Otra forma de plissé Walleau nos representa el número 3, también para blusas y adoptado con preferencia. La diferencia en su ejecución consiste en una serie de hebras que sujetan el pliegue á trechos, dejando un tanto igual sin pliegue. El número 4 es el plissé sutil empleado tanto en blusas como en enaguas, y se ejecuta metiendo las hebras sin rayar y á trechos cortos: después de muy recojido se plancha fuertemente y se le sacan las hebras quedando ya la tela quebrada.

El plissé Graciela número 5 sólo se emplea pa-

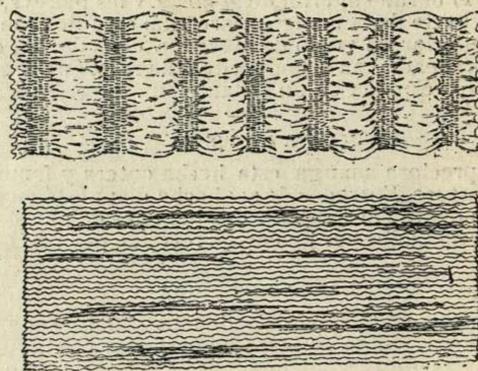
ra chalecos, y se ejecuta plegándolo por medio de hebras diagonales en sentido opuesto.

El plissé grano de trigo número 6 se ejecuta por medio de hebras serpentinadas de arriba á abajo y cuidando de que su dirección ondulante forme los granos de trigo.



1

2



3 y 4

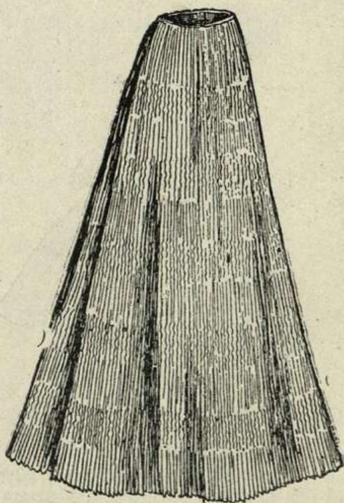
formen manguitos y sirvan para cerrar el abrigo. Otro estilo lleva largas vueltas sobre los brazos; pero no mangas regulares. El remate propio consiste en un cuello Médiçi, una alta tira de piel alrededor del cuello, y si posible es, se forrará éste de piel.

Con terciopelo ó con pana se hacen también vistosos abrigos. Uno de los estilos consiste en adornarlos con tiras de piel y ponerles sobrecuello ancho. El abrigo de terciopelo ofrece la ventaja, si es de color obscuro, de ser elegante y de no llamar mucho la atención en un coche de sitio ó cuando se lleva en público por la noche, y, por lo mismo, nada importa que se ocupe un coche de última clase, lo cual, entre paréntesis, merecería atención. Los abrigos leonados ó grises tienen la misma excelente cualidad.

Para el teatro son mucho más á propósito las capas cortas ó largas que los sobre todos y jackets, por la facilidad con que se pueden quitar y poner.



Traje para niño de 9 á 10 años



7

La figura 7 representa el plissé acordeón que es el más sencillo y de más fácil ejecución, pues al rayar se bajan los pliegues llevando las hebras á mayor distancia, se plancha fuerte y se sacan las hebras.

Debe tenerse en cuenta que para obtener un metro de plissé se emplearán dos metros de tela lisa y si es muy fina dos y medio metros.

Si nuestras lectoras ponen por obra estos consejos, tendrán un plissé más ó menos fino, según el uso á que lo dedicaren.



Enagua de debajo

ENAGUA DE DEBAJO, MOIRE NEGRO, TIRAS DE RASO AZUL

Esta enagua de mucho abrigo, es á la vez muy graciosa. Enteramente iguales los lienzos, midiendo cuatro metros de ancho. Un volante al sesgo forma su principal adorno. La parte posterior del volante mide 35 centímetros, y el delantero sólo tiene 12. La pretina lisa según la forma de nuestro grabado, mide dos terceras partes de la cintura, y la parte plegada otra tercera. En las extremidades bajas de la pretina se coloca una jareta cuyo listón se anuda luego formando un gracioso lazo.

MODAS DE INVIERNO.

LOS ABRIGOS.

Es indispensable un abrigo, corto ó largo, cuando se concurre por la noche al teatro ó á una tertulia; pero casi siempre ocasiona gasto de consideración. Los abrigos de teatro que se usan en la presente estación son de tal primor y tan costosos, que se hallan enteramente fuera del alcance de la generalidad. Hay no obstante, algunos estilos que pueden seguirse sin gran dispendio, de elegante forma, y que satisfacen el deseo de proteger el vestido de noche y son á la vez calientes y ligeros.

No son tan voluminosos como los abrigos de teatro ajustados á la moda; pero si perfectamente entallados en los hombros. Pueden hacerse de seda, raso, brocado ó de paño ligero, y se atavian con tiras de piel y con puntas de encaje en la garganta. El forro es, necesariamente, de seda acolchada de colchadura.

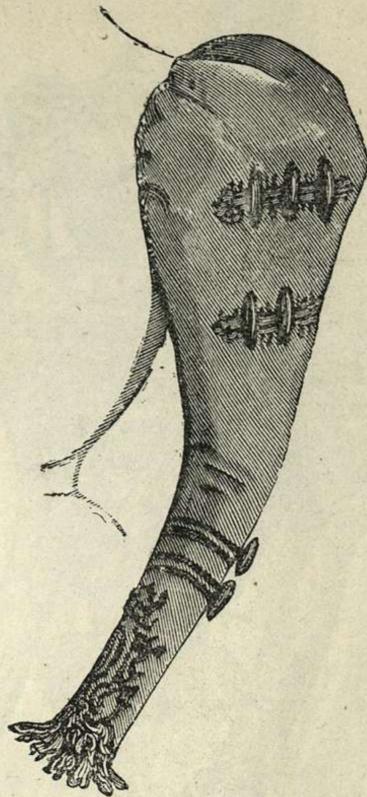
Los hay de varias formas. El que menos cuesta, por que requiere menos material y es de hechura más fácil, es exageradamente circular, con frentes bastantes anchos para que caiga uno sobre otro; detrás de las frentes se pliegan porciones del forro, de manera que



Manga de visita.



Manga de comida.



Manga de paseo.



Manga de ceremonia.

TRAJE DE MAÑANA

Este vistoso y elegante traje está hecho de cachemir rojo obscuro. El talle blusa está compuesto de grande paño delantero, que cae hasta las rodillas, el cual está sujeto á la cintura por un listón de raso negro, que pasa bajo unas bandas negras de fantasía, que descienden á los lados en forma de chaqueta; la misma banda adorna el borde superior de la blusa, y los pekeys, que forman parte de la manga ajaretada; esta lleva en su borde inferior un vuelo de muselina de seda. El cuello va drapeado con muselina de seda roja, que se suelta sobre la espalda en un flotante puf.

MANGA DE VISITA

Esta preciosa manga está hecha entera y fruncida en la costura. Entredos de azabache dispuesto en punta ascendente para sujetar dos bullones de punto bordado, terminados por un encaje recojido por un choux.

MANGA DE COMIDA

Es enteramente ajaretada de muselina de seda verde agua y recojida en la parte posterior con gruesas margaritas de terciopelo blanco y follaje verde. Un bullón de punto cae sobre la mano.

MANGA DE CEREMONIA

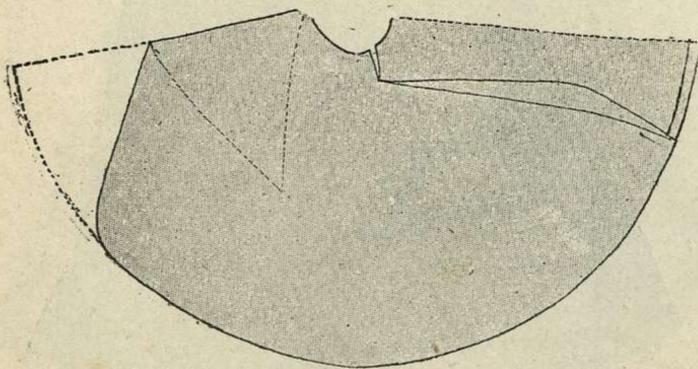
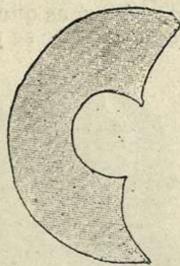
Se hace toda de seda velada en la parte superior por entredos dispuestos en líneas diagonales. La mitad inferior está drapeada con punto y cubierta la unión con un encaje: otro encaje adorna el brillo y puño.

MANGA DE PASEO

La manga de paseo es de paño, ajustada y adornada con dos golpes de pasamanería en la parte superior: luego va sujeta por dos cordones abotonados en forma de puño, y un gran alamar termina su adorno.

CONSEJOS PÁCTICOS.

Supongo que alguna de mis bellas lectoras necesite reformar un collet; á esta le diré, que habiendo una ligera modificación en los de última moda, deberá hacer con el suyo lo siguiente: descoser el cuello, extender el collet, y darle una ligera pinza para armar la espalda, según lo indica el croquis número 1 que, á continuación manifestamos, quitándole á la parte que forma espalda el pequeño sobrante que resulte por efecto de la pintura: luego se recortarán las puntas en la forma indicada y con ellas se formarán las



1--Croquis para reformar un Collet.



Collet reformado.

ro que la espalda sobre un canezú liso, donde descansa un capelo de piel de chinchilla con cuello vuelto. Manga entera con puños figurados por un bies de seda con pespunte.

ZAPATO TEJIDO DE ESTAMBRE

Este zapato en primera linea puede utilizarse para conservar los piés en una temperatura agradable, y para cubrir el calzado delicado de baile. El trabajo dilatado del tejido se sujeta perfectamente al pié y puede decirse que es bastante sencillo. Se tejen 60 macizos, haciendo alternativamente uno bolleto á la derecha y otro á la izquierda inclusa la zuela, pero sin considerar la parte superior. Al comenzar la vuelta 26 ó 27



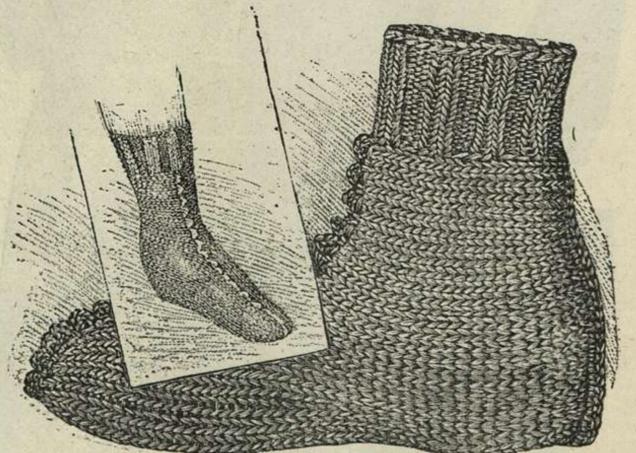
Abriego para niña de 13 á 14 años.--Delantero y espalda

se agregan 16 macizos y se tejen con los 28 macizos restantes, 28 vueltas más, para formar el pié.

En la vuelta 29 se disminuye el tejido al formar la punta del pié, y en la vuelta 80 en vez de dos macizos, con el estambre restante se termina la punta.

El grabado que reproducimos da una idea de la manera como debe hacerse el tejido. Para formar por último la pierna se utilizan 36 macizos, lo mismo que al hacer una media alternando dos vueltas á la derecha y dos á la izquierda, hasta completar 18 vueltas.

Entonces se pone bien el tejido y de esta manera el zapato de estambre queda terminado.



Zapato tejido de estambre.